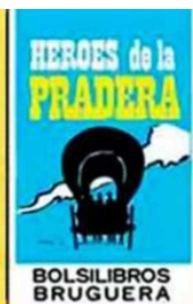
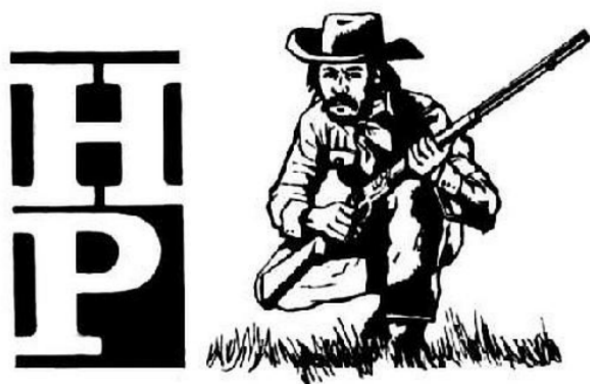


LOS BRIBONES DE NUEVO MEXICO

SILVER KANE





HEROES DE LA PRADERA



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.524 — Asesino a precio fijo.

En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno: capital. Dodge City.

En Colección KANSAS:
665 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
947 — Una tumba en Manhattan.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
545 — Muerte para mí querida esposa.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76 — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:
1.015 — Los cuatro implacables.

En Colección LA HUELLA:
80 — Manchas de sangre en los ojos.



Silver Kane

LOS BRIBONES DE NUEVO MEXICO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 547
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 18.029 — 1980

Impreso en España — Printed in Spain

2.ª edición: junio, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Los dos hombres que estaban en la puerta alzaron sus rifles al ver al individuo que se acercaba por el porche.

Éste hizo un gesto de asombro al llegar ante el banco y verse encañonado de aquella manera. Parecía como si los dos individuos fuesen a disparar. El hombre que acababa de llegar arqueó una ceja y dijo con voz irritada:

—Nunca me había sucedido nada igual.

Los dos hombres seguían apuntándole.

No se dejaron impresionar para nada por el aspecto respetable del recién llegado.

Éste barbotó:

—¿Pero qué infiernos pasa?

—No se puede entrar en el banco.

—¿Por qué?

—Acaba de recibirse la remesa para la nómina del ferrocarril. Mientras se haga balance, nadie puede entrar más allá de esta puerta.

—¡Pero oiga! ¡Yo soy el señor Kimball!

—Usted es el señor Narices.

—¡Le voy a…!

Las voces debieron ser oídas desde el interior. La puerta se entreabrió y apareció en el hueco el rostro de un hombre de media edad, de aspecto adinerado, que lucía unas suntuosas patillas entrecanas.

Hizo un gesto de sorpresa al ver a su visitante.

—Oh, perdone, señor Kimball.

Kimball se engalló.

—Oiga, Robinson: ¿Quiénes son estos dos perros dogos que ha puesto aquí? ¿Qué pasa?

—Hay demasiado dinero en el banco, señor Kimball, y no hace

ni una semana asaltaron el de la ciudad de Wembley, a cuarenta millas de aquí. Los que lo hicieron aún andan sueltos, de modo que no sería extraño que se decidieran a repetir el golpe. Por eso he contratado a varios pistoleros con la orden estricta de que nadie entre en el banco. Pero si llego a imaginar que usted iba a venir hoy…

Kimball se engallaba más y más. La sumisión del otro no hacía sino enardecerle.

—¡Yo vengo cuando me da la gana!

—Lo sé, señor Kimball. Pase.

El recién venido entró pomposamente, mirando con desprecio a los dos guardianes.

Tendría unos cincuenta años.

Iba muy bien vestido. Se notaba a primera vista que era todo un señor. No se comprendía cómo no se habían dado cuenta los de la puerta. Claro que éstos hacían bien en no fiarse de nadie.

Kimball se sentó y puso sobre sus rodillas el maletín del que era portador.

Normalmente solía traerlo lleno de dinero.

Robinson lo miró con ojos codiciosos.

Kimball era el mejor cliente del Banco, y todas las atenciones resultaban pocas para él. No era como esos individuos que sólo vienen de vez en cuando a depositar dos dólares y a los que se puede dar tranquilamente con la ventanilla en las narices.

Kimball notó aquella mirada codiciosa.

—No traigo dinero —dijo—. No se haga ilusiones. Robinson. Aquí sólo hay objetos personales.

—Perdone.

Kimball paseó una mirada por la sala.

En el interior, detrás de las ventanillas, cuatro empleados se afanaban contando billetes. No había en el banco nadie más, si se les exceptuaba a ellos y a otro vigilante interior que paseaba con su rifle de un lado para otro. Los billetes formaban abultados fajos. Kimball, que era experto, calculó que cada uno de esos fajos sumaba al menos diez mil.

—Mucho dinero —dijo.

—Toda la nómina del ferrocarril, señor Kimball. La tendremos aquí pocos días, tres o cuatro a lo sumo, de modo que con ese

dinero no podré hacer ningún negocio. Es más bien una molestia que una operación comercial.

—¿Entonces por qué la acepta?

—Porque es una cuestión de prestigio, señor Kimball. Si la compañía elige mi banco para hacer los pagos, demuestra con ello que soy el banquero más importante de la comarca, y así hundo a mis competidores. Por otra parte —y guiñó un ojo—, usted sabe que el negocio vendrá después. Muchos de los empleados del ferrocarril no retirarán la totalidad de sus pagas. La parte que ahorran, que es considerable, la dejarán en mi banco.

—Resulta muy lógico.

—¿Eh? ¿Qué le parece? ¿Prosperamos o no? ¿Me equivoqué cuando le convencí para que depositara todos los fondos en mi establecimiento?

Kimball arqueó una ceja.

—No sé si se equivocó, señor Robinson —dijo solemnemente—, pero de momento me parece que no voy a depositar más dinero aquí.

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¡Por Dios, señor Kimball! ¿Es que no le atendemos bien? ¿Le hemos disgustado en algo? ¡Si lo dice por lo de esos dos perros de presa, les echaré enseguida!

—No, no… No se trata de eso. Al defender el banco, defienden también mi dinero. Tengo aquí nada menos que medio millón. ¿Pero quién me garantiza que no van a robarlo? ¿Qué pasó con el banco de Wembley?

La cara de Robinson fue recobrando el color al oírle hablar así. Exhaló un suspiro de alivio.

Y guiñó otra vez un ojo a su cliente.

—¡No me guiñe tanto el ojo! —masculló Kimball, irritado—. ¡Ni que yo fuese una bailarina!

—Perdone, señor Kimball. Lo que quería decirle es que eso lo tengo ya previsto. Seguí su consejo y contraté un seguro contra robos. Me sale muy caro, pero así estoy absolutamente tranquilo. Una compañía de Nueva York me reintegra todo lo que me hayan robado, siempre que yo lo declare antes. Por ejemplo, la suma total de lo que tengo hoy aquí ya ha salido para Nueva York por correo certificado. Si ahora me atracasen el dinero me sería devuelto, de modo que puede estar usted tranquilo. Su medio millón disfruta de

la más alta seguridad.

Pero Kimball no parecía muy convencido.

Apuntó al banquero con un dedo.

—¡Oiga! ¿Y qué pasa si se roba usted mismo? ¿Eh? ¿Qué pasa?

—¡Pero por Dios! ¡Señor Kimball…!

—¡Deje a Dios en paz! ¡Diga! ¿Qué pasa?

—Es imposible. Como comprenderá la compañía hace averiguaciones muy estrictas. Y también me obliga a adoptar ciertas medidas de seguridad; de aquí el que tenga hoy a esos hombres.

Kimball pareció convencerse.

Dijo:

—Ah, bueno… Si es así, pensaré otra vez lo del dinero. Puede que traiga más.

Y se removió inquieto en el asiento.

—Oiga, ¿dónde está el excusado?

—¿Qué…?

—¿Quiere que se lo diga con música? ¡Le pregunto por el excusado!

—Oh, perdone, señor Kimball.

—¿Es que un millonario como yo no puede sentir deseos de hacer pis?

—Naturalmente que sí, señor Kimball.

—¡Pues no faltaría más!

—El excusado está al fondo de aquel pasillo, en la última puerta.

Kimball lanzó un gruñido, se levantó muy dignamente y fue adonde le indicaban. Unos minutos más tarde volvió mientras aún se abrochaba la levita.

Dejó el maletín en el suelo y tomó asiento nuevamente.

—¿Se siente ya mejor, señor Kimball? —preguntó solícito el banquero.

—¿Y a usted qué le importa?

—Yo lo decía por…

—Nada, nada… ¡Que a lo mejor incluso quiere hacérmelo pagar!

—Se equivoca, señor Kimball. La única cosa gratis del banco es esa… para los clientes como usted, claro. A los pelagatos no les dejamos ni entrar. Pero oiga una cosa, señor Kimball. Aparte del placer que siempre tengo en verle, ¿para qué demonios ha venido usted?

Kimball se tiró de una de las guías de sus agresivos bigotes.

—¡Ya está con las preguntitas! ¡Ustedes quieren saberlo todo, cuerno! Pues le diré a lo que he venido. Usted tiene aquí a un asesino.

—¿Quéééé…?

—Un asesino.

—Señor Kimball —se defendió el banquero—, yo no doy trabajo a gente de esa especie.

—Me refiero a Kennedy.

—Se equivoca usted, amigo. Kennedy es un pistolero.

—Pistolero o asesino, ¿qué más da?

—No es lo mismo.

—Kennedy es un hombre que vive de su gatillo —dijo enérgicamente Kimball, como si nadie pudiera quitarle la razón.

—Bueno, verá… En eso hay matices. Querrá usted decir que Kennedy es mi correo y mi hombre de confianza. Cuando hay que llevar dinero de un lado a otro, no puedo confiárselo a cualquiera. Tiene que transportarlo un hombre de gatillo fácil, un pistolero profesional al que nadie se atreve a robar. Ése es Kennedy.

—Que ha matado ya al menos a una docena de hombres.

—A todos los que han querido robarle.

—Pues es lo que yo digo: un asesino.

El banquero suspiró con cansancio.

Si Kimball no llega a ser su cliente más «gordo», ya le hubiera machacado la cabeza.

—En fin —dijo—, no discutiremos por eso. ¿Para qué necesita usted a Kennedy?

—Me hace falta un hombre que pueda transportar con seguridad veinticinco mil dólares.

—En eso puede confiar. ¡Pobre del que les ponga el ojo encima! ¿Y dónde hay que llevarlos, amigo mío?

—Al Reducto del Águila.

Robinson parpadeó.

En un solo segundo, la garganta se le quedó seca.

¡El Reducto del Águila!

¡El más peligroso enclave apache de la región!

¡Un sitio que ya se había dejado por imposible, y al que no se atrevían a ir ni los escuadrones de caballería!

—Señor Kimball —farfulló—, usted sabe que el Reducto del Águila es actualmente zona apache. Una zona muy discutida, pero de momento ellos la conservan. Si alguna vez la caballería se decide a tomarlo por asalto, las cosas cambiarán, pero ahora ningún hombre blanco en su sano juicio se atrevería a acercarse por allí.

—Reconozco que un cualquiera no lo haría —susurró Kimball—. Tiene que ser un tipo como Kennedy.

—Algo muy grave debe ocurrir para que usted necesite los servicios de un hombre de esa clase.

—Y tan grave. ¿Usted ha oído hablar de mí sobrina Jezabel?

—La mencionó en una de sus visitas. Tenía que llegar a Tucson, ¿no?

—Exacto, pero nunca llegó. Hubo un ataque apache al vehículo en que viajaba y los dos hombres que la protegían fueron muertos. Reconozco que fue una imprudencia hacerla viajar así, pero… pero nunca creí que los apaches se atrevieran a tanto. Ella…

El banquero había palidecido.

—… ¿ella también murió, señor Kimball?

—No. La raptaron.

Robinson se pasó la lengua por los labios secos, mientras sentía un vacío en el pecho.

—No… no sé qué es peor, señor Kimball. Y no quiero desanimarle. Pero a estas horas…

—¿Trata de decir que la habrán ultrajado?

—Me… me temo que la pobre Jezabel habrá deseado mil veces la muerte.

—¡Se equivoca!

—¿Me equivoco? ¿Acaso será ella la que habrá ultrajado a los indios?

—¡No, bestia, no! ¡Parece mentira que un banquero no haya dado con la verdadera clave de todo esto!

—Pues… la verdad es que no acierto, señor Kimball.

—Me han jurado que no la tocarían en tres días. Y que me la devolverán sana y salva si pago veinticinco mil dólares. Se trata de un rescate.

—Ah… ¡Ah, diablos! ¡Veinticinco mil pavos por una mujer!

—¿Cree que no los vale? —tronó Kimball, mientras se le erizaban los bigotes.

—Por supuesto que sí. Ahora voy comprendiendo. Los apaches son listos y saben que con esa chica se divertirán unos cuantos, pero a la hora del balance no les traerá más que calamidades, porque el ejército no perdonará esa nueva ofensa. En cambio, como todo el mundo necesita dinero, han pensado sacarlo de ahí. ¿Me equivoco, señor Kimball?

—Por una vez en su vida no se equivoca, Robinson.

—¿Y cuánto tiempo dice que le han dado?

—Tres días que han empezado a correr esta mañana. Necesito a un hombre decidido y que llegue hasta allí, donde le estarán esperando. Es decir, a un hombre como Kennedy, al que estoy dispuesto a pagar con el diez por ciento de la suma que transporte, si todo sale bien y me trae a Jezabel sana y salva.

—La misión es muy peligrosa, señor Kimball.

—¿Cree que no lo sé? Si no fuera peligrosa iría yo mismo. Cabe la posibilidad de que alguien se entere de esto y trate de robar el dinero en el camino, matando a Kennedy. Es posible también que los apaches le tiendan una trampa, le arranquen la piel a tiras, le quiten el dinero y no me devuelvan a Jezabel. Ya sé que todo eso puede suceder. Y por ello necesito a un hombre como Kennedy, un hombre que sólo con la mirada infunda respeto. ¿Me entiende?

—Sí, señor Kimball.

—¿Dónde infiernos está Kennedy ahora?

—Pues… Usted sabe que además de mi pistolero de confianza es uno de mis mejores contables. Está arriba, haciendo el balance del mes. El pobre siempre echando cuentas.

El hombre contaba:

—… Un dedo… Dos dedos… Tres dedos…

—No, que son sólo dos dedos.

—Te aseguro que son tres.

—¡Dos!

—He contado perfectamente. Son tres. Has engordado tres dedos de cadera en un mes. A este paso el corsé no vas a poder ponértelo.

Ella hizo un mohín, se sentó en una butaca y se pasó las manos por la cintura. En efecto, el corsé le estallaba. Pero ¡qué diablos! ¡Había tantas cosas bonitas dentro!

—¿Y qué pasa? —protestó—. Me estoy poniendo llenita. Bueno, ¿y qué? ¿Es que a ti te gusta una mujer que sea un espárrago?

—No, nena, no. Me gustas como estás. Pero hay que ir con cuidado. Todo es estupendo cuando se tienen veinte años. Pero luego te podrías estropear.

—¡Yo no me estropearé nunca!

—Claro que no, nena, claro que no.

Y el hombre se acercó a ella.

Era un hombre de los que «entran pocos por docena», como suele decirse. Uno de esos tipos que llaman la atención en cualquier parte. Alto, de hombros cuadrados, facciones enérgicas… Daba la sensación de ser un auténtico campeón hasta que alguien miraba sus ojos. Porque sus ojos eran más bien tristes. Daba la impresión de ser un hombre con un hondo problema interior. Uno de esos hombres que no están satisfechos de la vida ni están contentos de sí mismos.

Tomó a la mujer por la cintura.

Ella era una muñequita de placer.

Estallaba de juventud, de belleza, de picardía, de gracia.

Como para volverse loco.

Como para ir con ella hasta el fin del mundo.

Y no tener que verse a escondidas en aquella habitación.

Ella bisbiseó:

—¿Te gustan mis medias?

—Muchísimo.

—Son nuevas. Él me las ha comprado.

—¡Ya estoy harto de que él te compre cosas! ¡Ya estoy harto de todo esto! ¡Me gustaría comprártelas yo!

—Querido Kennedy, para eso hay que ser rico.

—¡Otra vez el maldito dinero!

Y él señaló una mesa que estaba llena, atiborrada de billetes.

—No hace falta tanto como ése. Con menos bastaría. ¿Qué crees que deseo, Kennedy? ¡Lo único que pido es poder vivir contigo!

—Algún día lo conseguiremos, Dolly.

—A este paso, no. Un hombre que vive de su sueldo no puede tener amiguitas.

—Pero mientras tanto nos vemos aquí. No es tan mal sitio. Estamos tranquilos y…

Ella abrió mucho sus hermosos ojos.

—¿Tranquilos? —preguntó.

Se oían pasos en la escalera.

Alguien subía.

Kennedy balbució:

—¡Pronto, vístete…!

Dolly, que ya no tenía tiempo para enfundarse el vestido, se puso encima una bata. Fue una lástima. Desaparecieron de la circulación el corsé negro y las sensacionales piernas ceñidas por las medias.

Alguien golpeó discretamente en la puerta.

—Kennedy… Kennedy…

Kennedy exhaló un suspiro de alivio.

—No te preocupes, Dolly. Es Sam.

Y fue a abrir.

En el marco de la puerta se recortó entonces un tipejo pequeñajo, mal hecho, que llevaba sobre sus ojillos unos gruesos lentes.

—Kennedy… —balbució.

—Hola, Sam.

—¡Uf! Vengo sin aliento. Quería avisarte antes de que se descubriera todo el pastel.

—¿Qué pasa?

—El jefe te llama. He evitado que subiera él mismo, diciendo que iba a darte el recado yo. De lo contrario te pesca. Chico, esto no puede ser.

Kennedy paseó una mirada desolada por aquella habitación llena de dinero y al mismo tiempo de belleza (porque para eso estaba Dolly, qué demonios). Pero ni el dinero ni la belleza eran suyos.

—Sí —dijo tristemente—. No puede ser.

—Es que tiene una cara dura de espanto.

—¿Por qué dices eso, Sam?

—Te encargan hacer el balance y en lugar de eso le birlas la amiguita al jefe.

—Oficialmente el jefe no tiene amiguitas.

Dolly emitió una risita cascada, donde por primera vez, pese a su maravillosa juventud, flotaba una nota de cansancio.

—Je, je… —dijo—. Oficialmente no tiene amiguitas. Claro que no. Yo sólo soy su secretaria. ¡Pero fíate de él! ¡Hala, fíate!

Sam alzó las manos, llevándoselas a la cabeza.

—Dios santo, no has empezado ni siquiera a contar. ¿Qué va a decir Robinson?

Kennedy se encogió de hombros.

—Por mí, que se meta la lengua donde le quepa.

—Tienes razón, pero hay que darse prisa. Si tú no bajas enseguida, él subirá. Y sólo hay que echar una mirada a Dolly para darse cuenta de lo que ha pasado entre los dos. Corre, muchacho.

—Gracias por avisarme, Sam. Eres mi mejor amigo.

—Tu mejor amigo que no durará mucho tiempo. Ve a ver lo que quieren esos dos tripones, muchacho. Tu mejor amigo… ¡Uf! ¡Me das cada susto…!

CAPÍTULO II

Kennedy enfundó mejor el revólver, porque la funda se movía demasiado con el balanceo del caballo. Aún recordaba que había hecho aquel mismo gesto cuando partió. Robinson le había preguntado:

—¿Ya ha repasado bien el revólver, Kennedy?

—Sí, señor Robinson.

—Recuerde que nada puede fallar.

—No fallará, señor Robinson.

—¿Lleva el dinero bien guardado?

—Está en la bolsa.

—Recuerde que nada puede fallar.

—No fallará, señor Robinson.

—¿Lo ha contado dos veces, como le mandé?

—Claro que sí.

—Recuerde que nada puede fallar.

—No fallará, señor Robinson… («¡Váyase al infierno, señor Robinson! ¡Muérase de una vez, señor Robinson!»).

Bueno, esto último no lo había dicho.

Pero lo había pensado.

Ahora, mientras avanzaba por la senda polvorienta, volvía a pensarlo.

Recordaba la última expresión de Dolly cuando le dijo adiós desde la ventana del despacho.

Hasta para eso habían tenido que disimular.

Todo debían hacerlo en secreto, sin que se enterara aquel tiburón de Robinson.

Kelly miró a lo lejos, mientras entrecerraba los ojos. El paisaje era siempre el mismo. Polvo, mosquitos, sol…

Se pasó el dorso de la mano por la boca.

No, no se hacía demasiadas ilusiones con Dolly.

Pensándolo bien, ¡menuda pájara estaba hecha!

Aceptaba el dinero de Robinson a cambio de lo que él le pidiera. No era como para hacerse ilusiones con una mujer así. Pero le gustaba, qué demonios. Le gustaba con frenesí. ¿Por qué tener que estar siempre conteniéndose y disimulando, mientras a una mujer como Dolly la aprovechaba otro hombre?

Desvió ligeramente la ruta de su caballo.

Ahora tenía que prestar más atención.

Estaba entrando en territorio apache.

Más de cuatro horas antes había dejado atrás el último puesto de guardia, el último rincón donde aún ondeaba la bandera de las barras y estrellas.

A partir de ese momento todo era zona desguarnecida, zona donde imperaban la inseguridad y la muerte.

El teniente que llevaba el control no le hubiera dejado pasar caso de no conocerle.

Pero sabía que era el pagador de la Banca Robinson. Sabía que era un hombre que por unos pocos dólares se jugaba la vida.

Sólo le había dicho:

—Algún día no volverá usted, Kennedy.

—Ujú.

—¿Sabe que esto está más peligroso que nunca?

—Ujú.

—Cuando le encontremos muerto, ¿qué quiere que pongamos en su lápida?

—Ujú.

—¿Y qué quiere decir «ujú»?

—Lo que yo deseo.

—¿Qué es lo que desea?

—Una jovencita, una.

—¡Váyase al cuerno!

El teniente había escupido al aire.

Ésa había sido la última conversación «civilizada» sostenida por Kennedy. A partir del puesto de control sabía que sólo iba a tener un encuentro: el del jinete del correo *Pony Express*[1] que, para acortar distancias, se atrevía a pasar por aquella zona, galopando, eso sí, como alma que lleva el diablo, y sin detenerse, por nada del mundo, a menos que lo dejaran seco de una bala.

Kennedy consultó su reloj de latón.

Pronto se pondría el sol.

El jinete del *Pony Express* no podía tardar. Casi siempre era el mismo. Se habían cruzado algunas veces, cuando aquella zona no era aún tan peligrosa.

Aparecería más o menos detrás de la loma pedregosa que había a la derecha.

Y, en efecto, lo vio.

Hacía falta tener una vista de halcón para precisar sus rasgos, ya que se encontraba al menos a media milla.

Pero Kennedy la tenía.

Le hizo una seña con el brazo, a manera de saludo.

El otro le correspondió.

Se cruzaron.

Pero no fue ése el único encuentro que tuvo Kennedy.

De pronto miró hacia las rocas que había a su izquierda, donde acababa de ver una sombra.

No tuvo tiempo de nada más.

Le pareció ver ante sus ojos una llamarada color naranja.

Y sonó un disparo.

Kennedy se llevó las manos al pecho.

Hizo el gesto de sujetarse con las rodillas a la silla, empleando todas sus energías, pero su cuerpo osciló de costado y terminó cayendo a tierra. El caballo relinchó lúgubremente mientras se alzaba de remos. Luego cabrioleó y dio un par de vueltas en torno a su dueño, que estaba tendido sobre el polvo.

No quería abandonarlo.

El noble animal empujó a Kennedy con el morro, como queriendo ayudarle a levantarse, y al ver que no se movía se estuvo quieto junto a él. Parecía como si lo velase.

De pronto venteó el aire mientras sus ojos adquirían un tinte rojizo.

Acababa de ver una figura aparecer entre las rocas.

Era la figura de un hombre desnudo de medio cuerpo para arriba y que alzaba un rifle por encima de su cabeza, con gesto salvaje. De su garganta partió un grito gutural:

—¡Uuuuuug! ¡Uuuuuuuh! ¡Guruguuuu…!

El caballo volvió a alzarse de remos, pero tuvo el suficiente valor para no moverse de allí.

El tirador, que llevaba melena apache y una cinta roja sobre su frente, se descolgó de entre las rocas y avanzó hacia el caído con el rifle preparado.

Pero Kennedy no se movió.

El aullido gutural volvió a sonar:

—¡Uuuuuuu! ¡Uuuuuuuh! ¡Guruguuuuu…!

Tampoco Kennedy se movió.

Sus dedos crispados parecían arañar el polvo del camino.

El tirador se inclinó sobre él.

Parecía notar algo extraño en el caído.

Y, para convencerse mejor, sacó de uno de los bolsillos de su pantalón unas gruesas gafas, unas verdaderas gafas de miope, y las hizo cabalgar encima de sus narices.

Fue entonces cuando Kennedy se movió.

Alzó la cabeza y dijo:

—¡Idiota! ¿Dónde has visto tú un apache que lleve unas gafas como ésas? ¡Quítatelas enseguida!

—¡Uuuuuug! ¡Uuuuuuh! ¡Guruguuuuu…!

—¡Cállate de una vez, carcamal! ¡Vas a asustar hasta los coyotes!

—No sé de qué te quejas. Lo he hecho para causar más impresión. Es un verdadero grito apache.

—¿Un verdadero grito apache? Hijo, los apaches gritarán así cuando tengan dolor de tripas, pero te aseguro que cuando atacan lo hacen de otra manera.

—No sé de qué te quejas. ¡Cuernos, encima eso! ¡No basta con que yo te tape los líos con la amiguita del jefe! ¡Me tengo que disfrazar de indio y encima te quejas!

Kennedy se sentó al fin en el suelo.

Miró pensativamente al otro.

—Sam —dijo con toda solemnidad—, estás que das asco.

Sam se miró a sí mismo.

En efecto, hasta el caballo se hubiera reído caso de poder hacerlo. A un tipejo como Sam, los pantalones apaches de piel casi se le caían. No podía andar con los mocasines porque le hacía daño un juanete. Y en cuanto a la parte superior de su cuerpo, con el

pecho hundido y las costillas marcándose en sus flancos, no hubiera servido ni para caricatura de un apache de verdad. Sólo le faltaban las gafas.

Kennedy se puso en pie y se sacudió el polvo.

—¿Sabes de qué tenía miedo? —preguntó.

—¿De qué?

—De que me alcanzaras de verdad. Como no ves un burro a seis pasos, estaba rezando para que no me volaras la cabeza.

—¿Pues sabes lo que he hecho? Apuntarte con toda mi alma.

—¿Apuntarme? ¡Serías bestia!

—Al contrario, chico. Soy muy listo. Si te apuntaba, podía estar bien seguro de que no te alcanzaría. En cambio, si llego a apuntar a aquella montaña de allá lejos, seguro que la bala de entra por una oreja y te sale por la otra.

—No sé cómo me he fiado de ti, Sam.

—Porque soy tu mejor amigo.

—En eso tienes razón. El único que podía hacer por mí un sacrificio de esa clase.

—El caso es que todo ha salido perfectamente, Kennedy. Como estaba calculado, el del *Pony Express* nos ha visto. Pero yo tenía miedo de que se parara, ¿sabes? En ese caso todo se habría visto comprometido.

—No, Sam, yo no he tenido miedo de eso ni un momento. Los del *Pony Express* tienen órdenes rigurosísimas de no detenerse por nada ni por nadie. Quizá lo hubiera hecho en una zona menos peligrosa, pero no en el corazón del sector que ocupan los rebeldes apaches.

—Por si acaso, iba a hacer lo que tú me dijiste. Dispararle un par de veces para disuadirle.

—Afortunadamente no ha hecho falta. Y ahora sí que podemos felicitarnos, Sam. Todo ha salido a pedir de boca. Ya tengo un testigo de que los apaches me han matado y me han dejado, claro está, sin un dólar. ¡Ya somos ricos, muchachos! ¡Tenemos veintisiete mil quinientos pavos para repartir!

Los dos lanzaron al unísono una carcajada. Se estrecharon calurosamente las manos y luego terminaron abrazándose. Causaban un efecto casi irónico, ésa era la verdad. Kennedy tan alto, tan fuerte. Sam tan esmirriado, tan poquita cosa…

Pero Sam fue quien primero dejó de reír, mientras preguntaba con un gesto de preocupación:

—Veintisiete mil quinientos dólares… Veinticinco del rescate y dos mil quinientos de tu paga por hacer este trabajo. ¿Te das cuenta? Ahora nadie pagará el rescate. ¿Qué va a ser de aquella muchacha? ¿Qué va a ser de Jezabel?

Kennedy se encogió de hombros y dejó perder la mirada en la lejanía.

Por primera vez en sus ojos no había tristeza.

Musitó:

—¿Jezabel…? Se llama así, ¿verdad…? Pues que se muera…

CAPÍTULO III

No todos los apaches se habían sublevado, pues muchos de ellos comprendían que, a la larga, contra el hombre blanco no se podía luchar. Los que habían tomado las armas de nuevo eran grupos de idealistas o de ambiciosos. Jezabel pudo haber caído en las manos de unos o de otros, pero había tenido mala suerte. Estaba en poder de un grupo de ambiciosos.

Su jefe era un hombre mitad apache y mitad hombre blanco. Había vivido en las ciudades más populosas de Nuevo México y allí había terminado de corromperse. Hasta el nombre lo tenía de hombre blanco: Joe Halcón. Y si había empuñado la bandera de la rebelión no era por amor a un pueblo que en el fondo despreciaba, sino que, puestos a robar y matar, era mejor hacerlo como apache que como *gun-man*, lo único que se podía esperar era la horca.

Sus gestos eran exactamente los de un hombre blanco.

Y los gustos también.

Le gustaba hasta la locura aquella belleza que había caído en sus manos y de la que podía disponer cuando quisiera. Pero veinticinco mil pavos son mucho dinero y con ellos podría armar adecuadamente a su gente.

Teniendo en cuenta que el ejército no se movía, su grupo de apaches bien pertrechados estarían en situación de atacar incluso ciudades importantes. No hacía falta esforzarse mucho. Golpes rápidos y precisos. Tres ciudades en tres días.

¿Qué botín podía conseguirse en cada ciudad?

Incalculable.

Lo bastante para retirarse como millonario a la costa del Pacífico, a disfrutar entre los hombres blancos contra los que tanta guerra había armado.

Todo dependía de aquellos veinticinco mil. Teniéndolos, era como tener un millón.

Por eso Joe Halcón se aguantaba.

Por eso quería hacer las cosas bien.

Y por eso no había puesto aún sus pecadoras manos sobre el cuerpo fascinante de Jezabel. Pero ya empezaba a cambiar de propósito.

Emil, su lugarteniente, se acercó a él.

Emil también había vivido entre los blancos.

También pensaba lo mismo que Joe: Que los demás reventaran defendiendo la bandera mientras ellos dos se largaban con el botín.

Se detuvo.

—¿Preocupado, Joe?

—Sí. Esto empieza a prolongarse demasiado.

—Aquí no corremos ningún peligro. El ejército no se atreverá a atacar.

—No es por eso. Es porque empiezo a pensar que no pagarían el rescate por esa chica.

—¿Seguro que llegó el mensaje?

—Seguro.

—Y ese buitre, el tal Kimball, ¿tiene el dinero?

—Naturalmente que lo tiene. Es uno de los hombres más ricos de Nuevo México.

—Pues no lo entiendo. A menos que la vida de su sobrina le importe muy poco…

—Debe importarle. De lo contrario no le hubiese pagado el viaje desde Tucson para que viniera junto a él.

Emil miró hacia la lejanía.

Empezaba a caer la noche.

—Quizá hemos calculado mal —dijo—. Quizá, en el fondo, esa chica no le interesa.

Joe Halcón también miró hacia la lejanía.

—De todos modos han transcurrido sólo dos días —susurró—. El plazo que dimos fue de tres.

—Hay que esperar.

—¿Crees que llegarán?

—¿Y si no llegan?

Los ojos de Joe Halcón brillaron peligrosamente.

No respondió.

Seguido por su compinche, fue hacia una de las tiendas de piel,

la única que estaba rigurosamente vigilada. Hizo una seña al centinela y éste se apartó. Los dos hombres le entreabrieron un poco para mirar hacia el interior.

Allí estaba la chica.

Sin atar.

Con sus ropas aún intactas.

Mirándolos a los dos con sus grandes ojos temerosos, inocentes, puros…

Emil barbotó:

—Es maravillosa.

—En las ciudades de los blancos nunca he visto una mujer así. Todas son cortesanas podridas. Como ésta no abundan.

—¿Cuánto costaría en Tucson una mujer como ésta?

—No tiene precio. No lo tiene porque no se encuentran.

Aunque los dos hombres hablaban en idioma apache, sus miradas eran lo bastante elocuentes para que Jezabel se diese cuenta de lo que decían. Aquellos ojos húmedos, viscosos, resbalaban sobre su piel como si fueran manos que la ultrajasen. Se dio cuenta de lo que iba a suceder, se dio perfecta cuenta de lo que pasaría antes de que la matasen.

Emil susurró:

—¿Sabes que te digo, Joe? Que casi prefiero que no traigan los veinticinco mil dólares.

—Ese dinero nos interesa mucho, pero yo a veces pienso como tú.

—¿Qué haremos si no llega el dinero?

—Je, je… ¿No lo imaginas?

—Prométeme una cosa, Joe.

—De acuerdo. Di lo que sea.

—Que los primeros seremos tú y yo. Los primeros en hacerlo.

Los ojos duros, codiciosos, bestiales, se clavaron en el cuerpo opulento de la mujer. Ella se estremeció, mientras se llevaba lentamente las manos a la cara.

Joe Halcón musitó:

—Seguro, amigo. Seguro que sí. Y lo pasaremos en grande…

CAPÍTULO IV

La población de Brisbane estaba pasado el territorio indio. Sólo cincuenta millas en línea recta del lugar de donde había salido Kennedy llevando la cartera llena de dólares, para cumplir la misión encomendada. Sólo cincuenta millas, pero daba la sensación de que uno había cambiado de país.

En efecto, el ambiente era del todo distinto. Ninguna persona de las que vivían en Sullivan, ciudad de la que había salido Kennedy, llegaba en aquel momento a Brisbane. Porque entre Sullivan y Brisbane, estaba la zona de rebelión india y sólo los valientes o los locos se atrevían a atravesarla.

Claro que se podía llegar dando un gran rodeo.

Pero nadie lo daba.

¿Para qué?

Lo que se podía comprar en Brisbane o en Sullivan se podía adquirir en muchas otras ciudades. ¿Qué necesidad había de dar enormes rodeos o de exponerse a morir en territorio apache?

Por eso los dos jinetes entraron tranquilamente en la ciudad de Brisbane.

No tenían miedo de que les viesen.

De todos modos Sam, que ya se había cambiado de ropas, estaba aún algo aprensivo.

Murmuró:

—Oye, tú estás muerto. Y si alguien… ¿y si alguien te ve por aquí tan vivo?

—No hay miedo. No encontrarás aquí ninguna persona de Brisbane. De todos modos procuraremos no llamar la atención.

—¿Adónde vamos?

—¿Adónde vamos a ir? Al hotel…

—Ya tengo ganas de pillar una buena cama… —farfulló Sam—. Tú no sabes lo que es estar toda una noche al raso, vestido de indio.

Y con mi reuma…

—Con un par de copas de *whisky* y una buena cama se te pasa. Oye, por cierto, ¿qué disculpa le has dado al jefe para que te dejara largarte?

—Que se moría mi hermana.

—¡Pero si tú no tienes ninguna hermana…!

—No creas. Tuve una.

—¿Y qué pasó?

—Unos bandidos la raptaron.

—¿Para ultrajarla?

—Sí, eso querían los muy cerdos.

—¿Y… lo hicieron?

—No.

—¿Por qué?

—Mi hermana se parecía mucho a mí.

—Ya… empiezo a comprender.

—La raptaron de noche. Pero cuando amaneció y la vieron bien, los tíos echaron a correr y aún no han parado.

—¿Y ella qué hizo?

—Perseguirlos. Al grito de «¡Quiero al menos uno!», se puso a galopar tras ellos. La última noticia que tuve fue que estaba atravesando a uña de caballo todo el desierto de Nevada. Desde entonces no he vuelto a saber de ellos. ¡Pobres muchachos!

—¿Pobres? ¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser? ¡Los bandidos, hombre!

Kennedy se puso un cigarro entre los labios.

—Sí, es verdad… ¡Pobres!

Llegaron ante el único hotel de la ciudad. Tenía un aspecto tranquilo y decente. Como era lógico, escribieron unos nombres falsos en el libro registro, cenaron, bebieron y se retiraron a descansar. Las camas eran excelentes.

Pero ninguno de los dos pudo pegar un ojo.

Nada. Ni contando borreguitos.

A la mañana siguiente, cuando se levantaron, los dos tenían cara de funeral. Se frotaban los ojos continuamente y se diría que no podían tenerse en pie.

Sam dijo:

—¡Maldita sea, Kennedy!

—¡Maldita sea, Sam!

—No has podido pegar un ojo, ¿verdad?

—Y yo igual.

—Ni un minuto.

—Pensando toda la noche en esa chica.

—Imaginando lo que habrá ocurrido con ella.

—Tal vez la han ultrajado ya.

—O la han desollado viva. Los apaches, cuando están rabiosos, son muy aficionados a eso.

—No hablemos de este asunto, ¿quieres?

—¿Y cómo vamos a evitarlo? ¡Los dos estamos pensando en lo mismo!

—De todos modos no hay que preocuparse. Los apaches, a su manera, son hombres de honor, Y para que expire el plazo fijado aún queda un día.

—Sí. El de hoy.

—A las doce de la noche… Tururut.

—Y ya son las nueve de la mañana.

—Faltan quince horas.

—No me lo repitas. No quiero ni pensarlo.

Estaban sentados a la mesa. El hotelero se acercó.

—¿Van a desayunar, amigos?

—Sí… Sírvanos lo que tenga por costumbre. Ah… Y una botella bien grande de *whisky*.

—¿Tan pronto?

—Tan pronto, amigo. Y no quiera saber en lo que vendrá luego.

El hotelero se encogió de hombros y le sirvió un sustancioso desayuno, acompañado de una botella de *whisky*. Pero ninguno de los dos probó apenas bocado. En cambio se lanzaron como tigres sobre el licor.

El hotelero murmuró:

—¿No tienen apetito?

—No, ni pizca.

—¿Preocupaciones?

—Hum…

—Más preocupaciones tendrá el dueño de la Banca Robinson, en la ciudad de Sullivan.

Kennedy se sobresaltó, creyendo que aquello iba por él y de que de una forma u otra habían descubierto su plan.

—¿Qué? —murmuró con un soplo de voz—. ¿Qué ha sucedido?

—Casi nada… Es la última noticia, llegada hace apenas media hora por paloma mensajera, a través de territorio indio… Han asaltado el banco. Le han dejado sin un níquel…

CAPÍTULO V

Kennedy no lo entendía. ¿Asaltar el banco donde él trabajó durante tanto tiempo? ¿Cómo era posible? ¡Si no conocía un sitio mejor guardado que aquél! ¡Si había vigilancia día y noche…!

El hotelero murmuró:

—Veo que les asombra.

—Nos asombra todo —susurró Kennedy—. No sabía ni que hubiera palomas mensajeras a través del territorio indio.

—Son el único medio de comunicarse, al menos por el momento. Ni los jinetes del *Pony Express* lo atraviesan de lleno. Sólo lo bordean.

—¿Y qué es lo que ha sucedido con la Banca Robinson? ¿Qué cuernos decía ese mensaje?

—Poca cosa, pero bastante expresiva. Los bandidos volaron con dinamita una pared del banco y entraron a medianoche. Tampoco les costó gran cosa abrir la caja fuerte. Un par de minutos y en paz. Por lo visto eran expertos.

—¿Y no les atraparon?

—Debían tener el camino de retirada muy bien estudiado, y además obraron con tanta rapidez que no dieron tiempo ni de llegar al *sheriff*. Cuando éste hizo acto de presencia, abrochándose todavía los calzoncillos, los bandidos ya habían escapado.

—¿Y los guardianes? ¿Qué hicieron los guardianes?

—Uno quedó herido y el otro huyó. Pensó que iban a matarle. Había un tercer hombre en el interior, pero perdió el sentido con la explosión. Total, que a Robinson le birlaron una fortuna.

Kennedy tragó saliva.

—Caramba —dijo—, ¡pues sí que la noticia ha corrido pronto…!

—Es que la han enviado por paloma mensajera para advertir al *sheriff* de Brisbane. Es posible que los bandidos se arriesguen a cruzar el territorio indio y se descuelguen por aquí.

Y de repente el hotelero, como si un pensamiento siniestro le hubiera venido a la mente, dirigió a los dos amigos una mirada cargada de suspicacia.

Kennedy alzó las manos.

—¡Oiga! ¡A nosotros que nos registren!

—¿No vienen ustedes de territorio indio?

—No. Nosotros hemos dado un rodeo inmenso. Casi hemos dado la vuelta por el Canadá. ¡Diablos! ¡Estaría bueno que sospecharan de nosotros!

—Perdonen, amigos, pero es que hoy día uno no se puede fiar de nadie.

—Claro, claro…

Y Kennedy bebió un sorbo de licor.

—Hay sinvergüenzas —añadió el hotelero— a quienes le dan dinero para pagar un rescate, y los tíos se lo quedan.

El licor que Kennedy aún tenía en la boca salió disparado hacia la pared frontera.

El hotelero pegó un brinco.

—¿Pero qué le pasa?

—Nada, nada… Me ha entrado por mal sitio.

—Pues parece como si se hubiera puesto nervioso, amigo… En fin, perdone. Voy a atender a aquel otro cliente.

Cuando el hotelero se hubo alejado, Sam dijo febrilmente, en voz baja:

—Kennedy, hemos de largarnos de aquí.

—Lo mismo pienso.

—No es que llevemos una fortuna, pero si el *sheriff* nos registra y encuentra casi treinta mil dólares, no sabremos justificarlos.

—Tienes razón, pero no es eso lo que más me preocupa.

—¿Pues qué?

—No dejo de pensar en esa chica, en Jezabel. ¿Qué habrá pasado con ella?

—Pues… pues… en fin, es de imaginar.

—No soy más que un perro, Sam.

—Querrás decir que somos dos perros.

—Pero yo soy el perro más gordo. Yo fui el que te enredé.

Sam entrelazó los dedos muy nerviosamente.

—¿Sabes? Me alegro de que a Robinson le hayan dejado pelado

como una banana. Era un cerdo. Un hipócrita. Se las daba de hombre liberal y no consentía ni que le hablase. Presumía de generoso y te pagaba una miseria.

—Eso es cierto —susurró Kennedy pensativamente—. Me he hartado de trabajar para él, me he hartado de realizar misiones peligrosas y de ser buen chico, para al final nunca tener un dólar en el bolsillo. ¡Al cuerno! Por primera vez en mi vida puedo vivir como un señor. ¡Y estoy dispuesto a hacerlo!

—¿Dónde te espera Dolly?

—No reuniremos en Tucson dentro de una semana… ¡y a vivir!

—Y la otra a morir.

—¿La otra? ¿Quién?

—Jezabel.

—¡No me hagas pensar en ella! Hala, vámonos. Quiero que sigamos camino hacia Tucson inmediatamente.

Abonaron la cuenta del hotel, fueron a la cuadra y cargaron ellos mismos las sillas con las bolsas, de las que no se habían separado ni un momento. Luego salieron a la calle.

Tenían que llegar a Tucson.

Tucson estaba lejos.

Les convenía darse prisa.

¿Pero por qué no se movían? ¿Qué les retenía allí?

¿Qué les pasaba?

Sam murmuró:

—Es inútil, ¿verdad, Kennedy?

—Es inútil, muchacho.

—A partir de las doce de la noche nos moriríamos de remordimientos.

Kennedy se encogió de hombros.

—¿Volvemos a territorio indio?

—Volvemos a territorio indio.

—¿Sabes que a lo peor nos arrancan la piel?

—Es posible, pero no veo que podamos obrar de otro modo.

Guardaron un momento de silencio, mirándose fijamente a los ojos.

Los dos se sentían muy bien.

Kennedy susurró:

—El dinero lo enterramos, ¿no?

—Sí. Lo enterraremos en algún sitio donde podamos descubrirlo luego… si volvemos.

—De acuerdo, Sam, pero que conste una cosa.

—¿Qué es lo que ha de constar?

—Yo no vuelvo a territorio indio por remordimientos. Vuelvo porque me da la gana de conocer a Jezabel. Porque a lo mejor está estupenda.

Sam se pasó el dorso de la mano por la boca mientras picaba espuelas.

—Eso es lo que deben pensar los apaches —murmuró mientras avanzaba—: Que está estupenda. ¡Y cualquiera va a convencerles para que la suelten…!

CAPÍTULO VI

Joe Halcón tenía un reloj, como los hombres blancos. Eso de calcular la hora por la altura del sol o de la luna parecía una reliquia pasada de moda, al igual que pelear con lanzas y flechas. Él quería dinamita y rifles. Las viejas costumbres caballerescas de los antepasados… ¡al diablo!

Vio que eran las doce menos cinco.

Emil se inclinó sobre él.

—El plazo expira —dijo.

—Casi lo estaba deseando.

—¿No es posible aún que vengan? ¿Qué hacen los centinelas que vigilan la ruta?

—Dispararán sus armas al aire si alguien llega con el rescate. Pero no se oye nada…

Los dos hombres otearon la oscura noche, cargada de silencio y de presagio. No se oía absolutamente nada. Y parecieron empaparse de aquella quietud mientras las agujas del reloj iban moviéndose lenta e inexorablemente.

Ni un disparo.

Nada.

—Las doce —murmuró Joe Halcón.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Primero tú y yo. De madrugada la entregaremos a los otros, y supongo que hacia el mediodía habrá muerto.

Hablaban del trágico fin de Jezabel como si se tratara de sacrificar una res.

Los dos avanzaron en silencio hacia la última tienda, en la que estaba encerrada la muchacha.

Pero no les convenía hacer allí lo que pensaban llevar a cabo.

Demasiado ruidoso.

Ella chillaría.

Los demás miembros de la tribu podrían excitarse y tal vez estropearlo todo.

—Vamos a la cueva —susurró Joe Halcón—. Allí no nos molestará nadie. Di a los centinelas que nos la traigan.

—De acuerdo.

Y Emil fue a cumplir la orden.

De pronto tropezó con alguien.

Era un apache.

O lo parecía.

Pequeñajo, escuálido, con una melena desordenada, estrecho de pecho, marcándosele las costillas…

En fin, que daba asco.

Si con tipos como aquél habían de ganar guerras, estaban listos. Los renacuajos de aquella clase sólo servían para ir a comprar tabaco a fin de poder fumar la pipa de la paz.

Emil lo miró bien y no lo recordó de nada. Claro que a veces llegaban indios fugitivos a unirse a sus fuerzas, y algunos tenían un tipo más bien extraño. Además, con la oscuridad, casi no podía ver a aquel sujeto.

—¿Quién eres? —preguntó en idioma apache.

—Uuuuuhhhh… Uuuuugggg… Guruguuuuu…

—¿Pero qué cuernos dices?

El renacuajo señaló la tienda donde estaba la prisionera.

—Grugúm Gurugú, Gururú…

Emil le miró como si viera visiones.

Pero quizá tenía un defecto en la garganta y no podía hablar. Quizá trataba de decirle que en la tienda de la prisionera había ocurrido algo.

Emil lo apartó de un manotazo y fue hacia allí.

No hizo más caso del microbio.

Pero tenía que haberlo hecho.

Porque Sam, otra vez en su versión apache, saltó sobre una roca y movió la pesada maza de que iba provisto.

Emil apenas sintió nada.

Sólo le pareció que estallaba su cerebro y que mil lucecitas se encendían ante sus ojos. Pero eso duró solamente unos segundos. Inmediatamente se desplomó al suelo, sin sentido y sin haber lanzado un grito. Sam volvió a brincar.

Los dos centinelas habían visto algo sospechoso y corrieron hacia allí.

Eso era lo que pretendía.

Que abandonaran sus puestos.

No habían llegado aún junto al caído cuando dos lenguas de acero brillaron en el aire.

Kennedy los había lanzado en silencio y con una maestría absoluta. Los dos puñales se clavaron en las espaldas de los apaches. Éstos cayeron hacia atrás.

Hasta aquel momento todo había salido bien. Pero un segundo después las cosas empezaron a complicarse.

Uno de los apaches había lanzado un alarido de muerte. Todo el campamento se conmocionó.

Kennedy barbotó:

—¡Vamos, aprisa…!

Corrieron hacia la tienda. Un nuevo centinela se encontraba en el interior de ésta. Salió llevando por delante una escopeta de cañones aserrados.

Era un arma terriblemente mortífera.

Si Kennedy le dejaba disparar, estaba perdido. Por eso movió su derecha con un gesto fulgurante. Entre sus dedos brillaba un tercer cuchillo.

Lo clavó en la garganta de su enemigo.

Lo retorció.

Una décima de segundo después se dejó caer al suelo. Hizo bien, porque el apache apretó los dos gatillos en un último espasmo. La detonación fue tan fragorosa como si se acabara de disparar una pieza de artillería. Todo el campamento se conmovió.

Kennedy entró en la tienda.

La muchacha estaba aterrorizada, blanca como el papel mirándolo todo con ojos donde se leía la incredulidad más absoluta.

Kennedy balbució:

—¡Vámonos! ¡Aprisa!

Lo único que le sobraba a Kennedy eran cuchillos. Se había provisto bien. Con uno de ellos rasgó la piel de la tienda y practicó una abertura por la que pudieran pasar los dos. La empujó firmemente.

—¡Corra! ¡Ladera abajo!

La única circunstancia que les favorecía era que la tienda estaba situada en un rincón del campamento, por lo cual no tenían que atravesar zonas concurridas buscando el camino de fuga. La ladera que acababa de señalar Kennedy conducía a un barracón provisional donde en otro tiempo hubo un almacén minero y ahora los apaches guardaban a cubierto sus caballos.

Había dos indios allí.

Pero los dos estaban muertos.

Sam y Kennedy habían hecho un buen trabajo antes de subir al campamento.

—¡Hay que dispersar sus caballos! ¡Aprisa!

Mientras Sam preparaba las monturas de los dos, previsoramente amarradas a una estaca, Kennedy hizo correr a la muchacha hacia allí y él eligió un buen corcel para montarlo al pelo. A los demás los dispersó incendiando la paja y haciendo disparos al aire.

La estampida fue inmediata.

Pero de todos modos no resultaban las cosas tan rápidas como ellos habían calculado. Todo estaba previsto para que pasara en silencio, pero el silencio se había ido al cuerno.

Los apaches bajaban la ladera en tumulto. Cada segundo contaba.

Kennedy brincó sobre el lomo del corcel elegido.

Jezabel había montado también.

Kennedy hizo una seña.

—¡Aprisa! ¡Aprisa, por todos los infiernos…!

Para fastidiarlo todo, acababa de salir la luna y eso permitía que los apaches les vieran. Una verdadera nube de plomo fue hacia ellos. Los apaches disparaban con rifles, con revólveres, con arcos y flechas. Sobre los fugitivos cayó una especie de vendaval de muerte.

Por el momento no fueron alcanzados, pero era una simple cuestión de suerte.

Y Kennedy comprendió que la suerte no les duraría demasiado tiempo. Por simple ley de probabilidades, alguna bala tenía que alcanzarles tarde o temprano.

Barbotó entre dientes:

—Creo que la cosa nos está saliendo bastante mal…

Sam estaba lívido.

Pero el tío arreaba como un condenado mientras una de las balas hacía que volara su falsa melena.

—Tendremos que ocultarnos —barbotó—. Esto no puede durar mucho…

—Ocultarnos, ¿eh? ¿Pero dónde?

Kennedy miró hacia adelante y hacia los lados: llanura pelada salpicada de montículos rocosos que no les ofrecían ningún refugio.

Claro que los indios no tenían caballos.

Los disparos se irían haciendo menos y menos peligrosos, conforme ellos se alejasen.

Pero al mirar de nuevo hacia atrás, Kennedy se dio cuenta de que tampoco en esto les había acompañado la suerte. Los apaches, ágiles como tigres, habían logrado recuperar una docena de caballos, los cuales estaban montando ahora. Eso significaba que los perseguirían implacablemente. Y ni que decir tiene que una docena de apaches eran más que suficientes para meterles en un apuro.

La gran carrera se inició.

Ellos corrían como condenados, pero Jezabel se iba quedando sensiblemente atrás. Al no llevar espuelas, la muchacha no podía excitar a su caballo, que no apretaba tanto como los otros. Eso significaba que, lo mismo Sam que Kennedy, tenían que disminuir su ritmo de marcha para no perderla.

Mientras tanto los apaches ganaban terreno.

Kennedy los recontó al volver la cabeza.

No se había equivocado. Eran doce.

Y los doce armados con rifles, que iban disparando contra ellos tras apoyar la culata en la cadera.

Sam barbotó:

—Oye, muchacho, va en serio… O no parapetamos o no pelan…

—¿Parapetarnos dónde?

—¡Mira!

Ante sus ojos se extendían unas formas borrosas y difusas, casi irreales. Parecían un poblado.

Al desviarse de su camino, habían tropezado sin pretenderlo con uno de los cinco o seis poblados abandonados de la zona. Al alzarse los indios en pie de guerra, la gente había huido de aquel lugar. Claro que eran poblachos miserables y con sólo diez o doce casas. Pero para ellos aquello resultaba como una fortaleza.

—¡Pronto! ¡Abajo!

Saltaron de los caballos y se refugiaron en la primera de las casas. Kennedy dio un empujón a Jezabel para arrojarla al suelo.

—¡Quieta! ¡Y no te muevas, aunque peguen fuego a la casa!

Los dos hombres se apostaron uno en cada ventana. Sacaron los revólveres.

Los indios no se habían dado cuenta de la maniobra, y por lo tanto tenían todas las de perder. Iban a pasar por delante de los cañones sin saberlo.

Kennedy miró a Sam.

—Apunta bien, muchacho. Si liquidamos de entrada dos hombres cada uno, podemos dar la vuelta a la situación.

Alzó el revólver.

—¡Ahora!

El «Colt» de Kennedy crepitó dos veces, y los dos primeros indios que pasaron ante el punto de mira se fueron con sus antepasados sin tener tiempo no para respirar.

Sam también disparó dos veces.

La primera bala se llevó por delante un viejo cartel que aún estaba colgado y que decía:

SALÓN LA PAJARITA.

La segunda bala mató a un gallo de metal que adornaba la parte más alta de una casa y que servía para indicar la dirección del viento. El gallo no dijo ni «Kikirikí».

Kennedy suspiró con desaliento.

—¡Oye, muchacho, a este paso nos trincan!

—¿Y qué quieres que haga? ¡Yo nunca he disparado con un revólver! ¡Sólo al verlos me mareo!

Los diez indios que habían llegado hasta allí sabían ahora dónde estaban los fugitivos. Eso era mortal. Significaba que ahora podrían acorralarlos.

Los apaches fueron a rodear la casa, pero eso fue un error. Así estuvieron a tiro durante unos segundos más, y Kennedy los aprovechó. Otros dos enemigos se fueron rugiendo al valle de los antepasados.

Pero quedaban ocho, y eso era demasiado para un solo hombre, ya que Sam no contaba.

Kennedy miró a la chica.

Ella intentaba mantenerse serena, pero se notaba que de un momento a otro iban a estallar sus nervios. Aquella tensión se le haría insoportable.

Los apaches ya estaban encima.

La casa tenía demasiadas ventanas. Ése era un inconveniente del que Kennedy no había tenido tiempo de darse cuenta cuando eligieron aquel edificio. Mientras él protegía uno o dos huecos como máximo, los apaches podían entrar por los demás casi impunemente.

Y varios de ellos se lanzaron al asalto.

Cuatro a la vez.

Kennedy disparó sus dos últimas balas con más rapidez que en cualquier otro momento de su vida. Los dos indios de la izquierda cayeron hacia atrás con las cabezas atravesadas. Los otros llegaron al suelo y giraron sus rifles.

¡CRAK! ¡BANG!

Quedaron espantosamente inmóviles mientras en sus pechos aparecían como dos explosiones de sangre.

Kennedy pensó:

«Pon fin ese bestia de Sam ha tirado bien…»

Pero dos apaches más ya entraban por las ventanas.

Kennedy arrojó el revólver contra la cara de uno de ellos, dejándole momentáneamente sin sentido. Pero mientras tanto el otro ya se había lanzado sobre él, blandiendo su cuchillo.

El joven no pudo defenderse.

Cayó hacia atrás mientras la hoja de acero parecía salir disparada hacia su garganta.

Y de pronto la mano que empuñaba el cuchillo se detuvo.

Parecía haber chocado contra un invisible muro de cristal.

Pero no era un muro de cristal, sino la mano de un hombre. Kennedy se dio cuenta de eso un segundo después. Aquella mano tiró del apache hacia arriba, y haciendo gala de una fuerza hercúlea lo proyectó contra la pared frontera.

De allí ya no se movió.

Un cuchillo lanzado fulminantemente, lo dejó clavado como una mariposa.

Kennedy estaba asombrado.

«Pero ese Sam… ¿Qué le pasa? ¿Es que ha tomado vitaminas?».

El indio que había recibido el golpe de revólver en la cara empezaba a despabilarse. Con un movimiento impulsivo trató de disparar.

Pero no llegó a oprimir el gatillo.

SSSSSGGGGG…

El segundo cuchillo arañó el aire al ser lanzado. El apache lo recibió en la garganta y se desplomó. Kennedy tuvo que llevarse las manos a la boca, asombrado, porque no entendía nada de todo aquello.

Se volvió poco a poco y entonces encontró la explicación.

No era Sam. ¡Qué diablos iba a serlo…!

Sam estaba acurrucado como un gusano en un ángulo de la pieza.

El individuo que acababa de salvar a Kennedy (y de pasada a todos) era un hombre joven y hercúleo, muy parecido al propio Kennedy. Ropas de vaquero, aspecto desenvuelto y pinta de aventurero de toda la vida. En sus labios flotaba una sonrisa simpática. Parecía haber matado con la más absoluta despreocupación.

Kennedy tragó aire, reponiéndose de la sorpresa.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Carson.

—Está bien… Creo que he de darle las gracias, señor Carson.

—Si lo dice por esto —y señaló a los muertos—, no tiene importancia. Ha sido un placer.

—¿Qué hacía usted aquí?

—Lo mismo que usted, supongo. Me da en la nariz que los dos somos unos aventureros.

—Seguramente. Yo me llamo Kennedy.

—¿Y esta señorita?

—Jezabel.

—Una señora estupenda, por lo que veo.

—Sí… ¡Ejem! Una… señora estupenda.

Carson señaló a Sam.

—¿Y ese gusano?

—Un buen amigo. Lo que pasa es que el revólver no se le da demasiado bien.

Y Kennedy añadió, mirando al pequeñajo:

—Hala, Sam, vístete de persona cuanto antes. Tienes las ropas en la silla del caballo. Date prisa.

—¿De qué tienes miedo? ¿De qué vengan los apaches y me zumben?

—No. De lo que tengo miedo es que te elijan jefe de la tribu.

Sam desapareció.

Kennedy y Carson quedaron prácticamente solos, mirándose fijamente. Los dos se habían «olido». Los dos eran pistoleros. Lo adivinaban en sus ojos, en sus gestos.

Pero Kennedy llevaba casi treinta mil pavos.

No podía fiarse de nadie.

Lo mejor sería que se sacudiese de encima a aquel hombre.

—Insisto en que si no fuera por usted estaría muerto —dijo—. ¿Cómo puedo recompensarle?

—No hablemos más de eso, ¿quiere?

—¿Hacia dónde se dirige?

—Me he metido en este avispero por equivocación y trato de salir de territorio indio. ¿Quiere que lo intentemos juntos?

Kennedy reflexionó. No podía negarse. Además, ¿cómo iba a saber Carson que él llevaba casi treinta mil dólares?

Por otra parte, juntos conseguirían salir de allí. Yendo separados, quizá no lo lograrían nunca.

—Vamos —decidió—. Si los apaches reúnen sus caballos nos volverán a perseguir. Hay que darse prisa.

Ayudó a levantarse a Jezabel, que ya parecía más serena. Carson sacó un caballo que tenía oculto detrás de una casa. Montaron y se alejaron al trote corto, sin cansar a los animales, porque aún tenían un largo camino que recorrer.

Sam ya había vuelto a vestirse normalmente.

Preguntó a Kennedy:

—¿Qué te parezco?

—Das más asco que antes, chico…

CAPÍTULO VII

La ciudad era de las más nuevas del territorio y se llamaba Virginia. Resultaba una ciudad simpática, y no sólo porque tuviera nombre de mujer. Es que además estaba llena de mujeres.

Sus calles eran apenas seis u ocho.

Pero estaban llenas de hoteles, de locales de diversión, y de casas de juego. La gente que atravesaba la cercana frontera de México venía a Virginia para divertirse. Chicas llegadas de los cuatro puntos cardinales animaban aquello. Sonaban músicas y carcajadas lo mismo de día que de noche.

Las dos funerarias locales trabajaban a pleno rendimiento.

Mucha gente de la que ganaba fortunas con los naipes lo perdía todo poco después, con una bala entre las cejas.

Virginia era lo que entonces se llamaba «una ciudad de placer». Ciudades que luego fueron desapareciendo poco a poco, cuando todos los gobernadores, en sus campañas electorales, empezaron a hablar de la moralidad pública, aunque ellos procuraran tener más amiguitas que nadie.

Pero aquél no era lo que se dice un buen ambiente para Jezabel.

A Jezabel tenían que devolverla cuanto antes a la ciudad de Sullivan, donde estaba Kimball, su señor tío.

De ese modo Kennedy y Sam se embolsarían los casi treinta mil machacantes, y además tendrían la conciencia tranquila.

Los únicos que acabarían echando chispas serían los indios. Pero a esos que les dieran morcilla. ¿No eran ellos mismos los que se habían metido en aquel lío? ¡Pues entonces…!

Kennedy pensaba en todo eso mientras avanzaban por la calle principal de la ciudad.

Mucha gente miraba a Jezabel.

Sobre todo las mujeres.

La contemplaban con envidia y con rabia mientras pensaban:

«¡Ésta se los lleva a todos! ¡Ésta nos arruina!».

Carson susurró mirándole:

—Quizá no os gusta esto.

—Para la chica no es un ambiente demasiado selecto.

—Ya me doy cuenta —reconoció Carson.

—No sé por qué te has empeñado en que viniéramos aquí.

—Porque así desorientábamos mejor a los apaches. La ruta que hemos seguido era la más protegida.

—En eso no te falta razón.

—Estaremos aquí un día, lo suficiente para descansar y asearnos. Jezabel también necesita ropa nueva. ¿Cómo estás de dinero?

Kennedy respondió ambiguamente:

—Bien…

Ya se había dado cuenta de que Carson, durante el viaje, había mirado varias veces las bolsas, como si le llamaran la atención. Y aunque su forzado compañero no tuviera motivos para saber lo que había allí, Kennedy no estaba del todo tranquilo.

Estaría bueno que su dinero se le esfumase ahora.

¿Qué pensaría Dolly?

Por cierto, la muy vampiresa ya debía estar harta de esperarle en Tucson…

Carson murmuró:

—¿En qué piensas?

—Oh, en nada…

—Pues tenías cara de estar pensando en algún asunto de dinero.

—Te equivocas. O, mejor dicho, pensaba en lo que podría costamos un buen hotel.

—Aquí son caros. Diez dólares por barba.

—Entonces Jezabel no paga…

—No, pero a las mujeres les cuentan de otra manera. A las mujeres les pagan cinco dólares por cada seno.

Y los dos hombres lanzaron una carcajada.

Jezabel había oído aquello. Torció el gesto.

No le hacía ninguna gracia, pero peor había estado con los indios, de modo que se aguantó.

Carson eligió el hotel, como hasta entonces había elegido el camino. Era un establecimiento llamado en el español. La alegre criolla. Resultaba bastante lujoso, pero había en él más chicas que

en un *saloon*.

—Estaremos bien aquí —decidió Carson.

—¿Hay una buena cuadra para los caballos?

—¡Naturalmente que sí! Espera, yo te ayudaré a descargar las bolsas.

—No hace falta. Me arreglo yo solo.

Carson rió.

—¡Pero si sólo quería hacerte un favor, hombre…!

—No te preocupes, no pesan.

Y entró llevándolas sobre el hombro derecho, mientras Carson se las entendía con el dueño del hotel.

Les dieron tres habitaciones. En una dormirían Sam y él; en la segunda Carson y en la tercera Jezabel. Además encargaron cuatro bañeras bien llenas de agua perfumada y limpia. Y, para más tarde, tres botellas enteritas de *whisky*.

Cuando iban a entrar en sus habitaciones Carson lanzó al aire una moneda de cien dólares y la volvió a recoger en la palma de su mano.

—Eh, Kennedy… ¿Quieres guardármela?

—¿Por qué?

—Tú tienes bolsas y yo no. Ahí la moneda estará más segura. Espera, yo mismo la meteré.

Y abrió hábilmente la bolsa que Kennedy acababa de dejar encima de la cama. Sus gestos fueron tan rápidos e inesperados que nadie pudo impedirlos.

Depositó la moneda de cien dólares dentro y volvió a cerrar.

Su expresión era inalterable.

Pero Kennedy se dio cuenta de que tenía que haber visto a la perfección los fajos de billetes que había dentro.

Suspiró con desaliento.

Bueno, alguna vez tenía que suceder.

No se puede viajar varios días con un pistolero sin que éste acabe averiguando lo que uno lleva en las entretelas.

—Mira, Carson —susurró—, yo sé que venías oliendo eso todo el rato.

—Hombre, no lo niego del todo. El dinero tiene un aroma especial. Se huele a distancia.

—Tú me salvaste la vida y yo no me tengo por un ingrato. No

voy a engañarte. Ahí tengo, en números redondos veintisiete mil dólares, de los que me corresponden unos catorce mil. Te cedo la mitad para que no te martirices más. Ahora ya sabes la verdad. Te los quedas y tan amigos.

Carson lanzó una de aquellas carcajadas que desconcertaban.

Era una carcajada amistosa, alegre, y al mismo tiempo parecía la de un hombre que ya no cree absolutamente en nada.

Al terminar su acceso de hilaridad dijo, sin dejar de reír del todo:

—Siete mil dólares… No te preocupes, amigo. Ya tengo bastante para vivir. No pienses más en ello.

A Kennedy eso le sorprendió.

Y vio la cosa muy clara.

Carson era un tipo ambicioso y listo. Carson no quería quedarse solo con una parte, sino con todo.

Acabaría arrebatándole las bolsas aunque tuviera que agujerearle la piel. Convenía estar siempre en guardia.

Pero Carson, con aquella risa que desconcertaba, le borró los negros pensamientos.

—No quiero nada, amigo. Olvídalo del todo. Lo único que quiero es que salgamos a dar una vuelta Jezabel, tú y yo. Os enseñaré lo que es la vida nocturna de Virginia.

—Conozco la vida nocturna de sitios peores que éste, pero en fin, si tú te empeñas…

Y Kennedy le tendió la mano, que el otro le estrechó con fuerza.

¿Quién cuerno se acordaba ya de los treinta mil machacantes…?

En Virginia la vida nocturna se confundía con la vida diurna; todo estaba animado siempre. Pero, al encenderse las luces, todo adquiría un aspecto más denso y al propio tiempo más fantasmagórico. Los locales se llenaban. Algunos hacendados procedentes de México, donde explotaban despiadadamente a los pobres, llegaban con sus bolsas llenas de oro. Corrían el *whisky*, el tequila, el ron… Aquello parecía un barrio alegre de San Francisco.

Parecía mentira que estuviese tan cerca del territorio apache, donde ningún blanco se atrevía a entrar.

Mientras Sam se quedaba en cama, porque estaba mareado y aún le duraba el susto, Jezabel y los dos hombres se dirigieron hacia

el núcleo central de la pequeña ciudad. Allí había un par de *saloons* muy tumultuosos, a los que no se acercaron. En cambio se dirigieron a una casa muy elegante, recién pintada, en cuya fachada relucían dos luces rojas.

Kennedy murmuró:

—¿Qué es eso?

—Una casa de juego.

—¡He visto tantas en mi vida!

—Pero Jezabel tal vez no. Seguro que le interesará. En este lugar se apuesta fuerte.

—De acuerdo; entremos.

Kennedy pensó que, mientras estuviese junto a ella, Jezabel no corría ningún peligro. Por otra parte, el mismo Carson la defendería. Lo había hecho ya una vez.

Pero no iba a ser necesario.

Había un tipo muy fuerte en la entrada. Y más allá una sala muy discreta, cerrada por unas cortinas, tras las que se oían el siseo de los naipes y las voces apagadas de los jugadores.

—Paso.

—Voy con cinco mil.

—Dos más.

—Eso es un farol como una casa.

—Si crees que es un farol, atrévete y puja. Las apuestas son libres.

Carson musitó:

—Conozco bien esta casa. Durante un tiempo estuve empleado aquí. Era uno de los pistoleros encargados de mantener el orden.

—¿Y por qué te fuiste?

Carson sonrió.

—Poca paga.

—Te entiendo perfectamente —dijo Kennedy.

—Os presentaré al dueño. Así podréis ver desde arriba la sala de juego. Hay unas barandillas desde las que Jezabel se divertirá mucho. Hasta puede que le parezca fascinante.

Habían dejado atrás un pasillo.

Carson golpeó con los nudillos una puerta.

Se abrió una especie de mirilla.

Y por esa mirilla apareció la cara cuadrada, pétrea de un tipo

con aspecto de matón.

Miró fijamente a Carson.

Éste dijo:

—Hola tú.

—¿Quiénes son tus amigos?

—Gente de confianza. Quiero ver a Morris.

—Pasa.

La puerta se abrió. Los dos hombres y la mujer se encontraron en un magnífico salón tapizado de rojo, donde había varios butacones y varios cuadros representando a chicas ligeras de ropa.

«Vaya… Otro mal ambiente para Jezabel», pensó.

Pero eso no era nada.

El mal ambiente vino después.

Vino cuando a Kennedy le clavaron el cañón de un rifle en el centro de los riñones…

CAPÍTULO VIII

Kennedy no se movió.

Sólo sintió que una corriente helada le pasaba de arriba abajo por la espina dorsal.

En cuanto a Jezabel, fue a lanzar un grito.

Pero ni de eso tuvo tiempo.

El cañón de un pequeño «Derringer» se acababa de clavar en su espalda.

El único que quedaba libre era Carson. Carson, que les miraba con ojos alegres y al mismo tiempo cargados de burla.

—¿Sorprendido, Kennedy?

—¿Pero qué diablos significa esto?

—Muy sencillo: Habéis caído en una trampa. Y, si no es una trampa, se le parece mucho.

—No te entiendo, Carson. ¡Maldita sea tu estampa! ¡No te he entendido jamás!

—Pues es muy sencillo.

—La sencillez no la veo por ninguna parte.

—Tú creías que yo iba detrás de tus treinta mil pavos, ¿verdad?

—¡Naturalmente que sí! No son tan mal bocado.

—Pues te equivocas, muchacho. Yo no iba detrás de ese dinero, aunque es casi seguro que lo tendré igualmente. Yo iba detrás de la chica.

—¿Quéééééééé…?

Carson volvió a reír.

—Parece mentira que no lo entiendas. ¿Cuánto puede sacarse de una chica como ésa, bien aprovechada?

—Bien aprovechada… ¿en qué?

—Mira, macho, mejor será que nos entendamos de una vez. Esto es una casa de juego, pero también es una tapadera descomunal. Aquí viene la gente más rica, lo mismo de la comarca que del otro

lado de la frontera. Y la gente más rica quiere las chicas más lindas. No admite nunca que le den género averiado.

Las frases brutales penetraron como aguijonazos en la mente de Kennedy. De pronto lo comprendió todo. Y no era por falta de experiencia, ya que incluso tenía más que aquel maldito de Carson. Era porque había confiado en él. Era porque hasta el último momento no le había creído capaz de una cosa semejante.

El joven estaba lívido.

Había oído cosas terroríficas acerca de las chicas que eran explotadas a un lado y otro de la frontera.

Y ahora se daba cuenta de que Jezabel estaba tan mal como cuando la rescató de entre las zarpas de los indios.

El cañón seguía firmemente clavado en sus riñones.

Carson continuó, siempre con su voz tranquila y jovial, como si aquello le divirtiese:

—De todo lo que esta chica «produzca», yo voy a tener una importante participación. Por eso, en cuanto la eché el ojo por primera vez, pensé que no se me escaparía. Justamente el señor Ramírez, el más importante cacique mexicano del otro lado de la frontera, nos había encargado una chica así. «Pagaré por ella lo que me pidáis» —dijo—. Una chica como Jezabel. Exacta como Jezabel. Ni que nos la hubieran hecho a propósito, cuerno. Una ocasión como ésa no se desperdicia. Jezabel nos va a producir miles y miles.

Kennedy barbotó:

—¡Maldito y sucio cobarde…!

—Chico, ya sé lo que me vas a decir, pero la pasta es la pasta.

—Nunca me imaginé que te dedicaras a este tráfico tan sucio, tan innoble.

—No creas. Empiezo ahora.

—¿Quieres decir que Jezabel es la primera chica que…?

—Sí, la primera. Y ya ves qué buen principio. He tenido suerte.

—La suerte la vas a tener cuando te abra en canal de una cuchillada, maldito perro.

—Menos humos, menos humos, muchacho… No sé si te has dado cuenta, pero lo que tienes en los riñones es un «Sharp» de calibre pesado. Y si el tío que hay a tu espalda hace «pum», no queda de ti ni la ropa.

Kennedy estaba lívido.

No sabía cómo escapar de aquella situación. Su propia vida le importaba poco, pero no estaba dispuesto a permitir que Jezabel corriera aquel terrible destino.

Carson pareció adivinar sus pensamientos. Lanzó otra de sus carcajadas pero ahora más silenciosa.

—Lo que te pasa a ti, Kennedy, es que has jugado a ser granuja, pero eres un buen chico. Lo malo es que ya no te va a quedar tiempo.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Y qué puedo hacer? Yo ya casi te había tomado cariño, macho, pero es lo que yo digo: la pasta es la pasta… Y si quiero cobrar, no veo más remedio que quitarte del mundo de los vivos.

—Entonces más vale que te decidas pronto. Porque a la primera oportunidad que me des te arrancaré la piel, cerdo.

El cañón empujó un poco más.

Una voz dijo a sus espaldas de Kennedy:

—¿Qué? ¿Lo apiolo ya, Carson?

—Por mi adelante…

Carson lo dijo con la más absoluta indiferencia, como si no le importase, ya para nada la vida de aquel hombre.

Y fue entonces cuando oyeron por primera vez la voz de Jezabel, que no se había atrevido a despegar los labios.

—Hagan conmigo lo que quieran… —bisbiseó—. Hagan conmigo lo que quieran, porque no protestaré. Pero no maten a Kennedy…

Carson bisbiseó:

—Conmovedor, muñeca.

Y a continuación gritó con voz rabiosa:

—¡Disparaaaaaa…!

El tipo que estaba detrás de Kennedy creyó que lo hacía sobre seguro.

Pero se encontró con la sorpresa más violenta de su vida, con una sorpresa que no volvería a tener ya nunca más. Kennedy había girado sobre el cañón con una rapidez tal que cuando su enemigo apretó el gatillo ya no estaba en el mismo sitio. Para el fulano del rifle fue algo increíble. Las dos balas se perdieron en el vacío mientras Kennedy aparecía de nuevo junto a él, Como si acabara de brotar de la tierra.

A Kennedy no le habían quitado el revólver.

Y eso resultó decisivo.

Al del rifle le entró la bala por el lado derecho y le salió materialmente por el izquierdo. Su arma saltó por los aires. Carson, que también había sido dominado por la sorpresa, echó mano al «Colt».

Kennedy no le dio respiro.

Él ya tenía el revólver en la mano.

Y tiró a matar, pero esta vez no le acompañó la suerte. La bala sólo arañó uno de los flancos de Carson.

Sin embargo no fue sólo suerte: Carson también se había movido con la rapidez de un diablo.

Pareció rebotar contra la pared.

Otras dos balas de Kennedy siluetearon su figura.

Carson voló materialmente por los aires y aterrizó tras una butaca, que a su vez fue desplazada como una bala. La butaca rompió los cristales de la ventana más próxima.

Kennedy adivinó que tal vez allí estaba la única posibilidad de salvarse.

Gritó a Jezabel:

—¡Pronto! ¡Salta!

Jezabel también parecía haber pensado lo mismo, y se estaba subiendo la falda para moverse mejor. Kennedy quedó como mareado al verla. ¡Vaya modo de enseñar las piernas! ¡Y vaya piernas de princesa tenía…!

Esa contemplación por poco le cuesta la vida.

Carson había disparado.

La bala rozó la cabeza de Kennedy, que tuvo una sensación de vértigo. Cayó, se apoyó en una de las paredes y resbaló hacia el suelo poco a poco.

Jezabel ya estaba intentando saltar.

Se oía un enorme tumulto en todas partes. Los matones de la casa de juego llegaban. Kennedy comprendió que dentro de unos instantes la situación se habría hecho imposible.

Saltó también hacia la ventana.

No podía perder el tiempo en delicadezas. Abrazó a Jezabel por el sistema de «agárrala como puedas» y saltaron los dos.

La calle se acercó vertiginosamente.

Estaban a la altura de un primer piso, pero les pareció que tardaban horas en caer. Nunca un salto les había causado una sensación tan angustiosa. Kennedy trató de proteger a la muchacha con su cuerpo y fue él quien recibió el impacto en la cabeza.

Pero no perdió el sentido.

Aún tuvo fuerzas para ponerse en pie, sostener a Jezabel que se quejaba lentamente, y tratar de llevarla hasta la más próxima esquina, donde le parecía que podía estar a salvo.

Tuvo la sensación de que arrastraba los pies.

Las fuerzas le fallaban.

Al caer había tenido la impresión de que su salto duraba horas y horas. Ahora le pareció que jamás una esquina había estado tan lejos.

Hasta que sintió aquel choque.

Aquel impacto brutal, seco, que pareció atravesarle la nuca.

Lanzó una imprecación y se llevó las manos a la cara, mientras daba una vuelta sobre sí mismo y caía violentamente a tierra.

CAPÍTULO IX

Cuando recobró el sentido notó que estaba tendido sobre una mesa muy dura. Una lámpara oscilaba sobre su cabeza, y la primera sensación que tuvo fue la de que el mundo entero daba vueltas en torno suyo. Tuvo un acceso de tos, y toda la cabeza le dolió terriblemente. Luego se fue serenando.

Notó que alguien estaba junto a él.

Era alguien que le ponía una botella de *whisky* en los labios.

Kennedy bebió un trago y volvió a toser. El licor caía a chorro sobre su garganta. Apartó la cabeza y el *whisky* resbaló sobre su cuello. Entonces le pareció oír la voz de Sam.

—Déjelo. ¿No ve que se va a ahogar?

—Ahogarse en *whisky* no es tan malo, cuerno.

Kennedy hizo un esfuerzo y pudo al fin levantar la cabeza.

Estaba tendido en una mesa de billar. El cuartucho era infecto y estaba lleno de vasos volcados y botellas rotas. Todo hedía a tabaco barato. El hombre que había cuidado de él le sujetó para que no se moviese.

—Quieto. Está perdiendo sangre todavía.

Entonces se acercó Sam.

—Muchacho, no te animes demasiado. No sé ni cómo estás vivo aún.

—¿Qué ha ocurrido?

—Sencillamente, una bala por poco te vuela la nuca.

—¿Y cómo es que no me ha matado? Es la primera vez que oigo decir que una bala en la nuca perdona a alguien.

—Es que no te ha dado en la nuca de lleno. Si llega a darte… ya, ya… La bala ha estallado contra uno de los plomos de tu cinto canana, y una esquila ha ido hacia arriba. Por suerte no tenía fuerza y no te ha penetrado apenas nada, pero la impresión ha sido suficiente para que perdieras el conocimiento.

—Y tú, ¿qué haces aquí?

—Había pensado quedarme en la cama, pero poco a poco me he ido sintiendo intranquilo. No es que esperara nada malo, pero como tú eres tan bestia, me he dicho: «Cualquier cosa puede suceder». Y he salido a la calle siguiendo la dirección que el dueño del hotel me ha dicho que habíais seguido vosotros. Menos mal que la ciudad es pequeña, porque si no llego a encontraros… En fin, cuando te he echado el ojo encima tú ya estabas cayendo a tierra.

Kennedy se iba recuperando cada vez más.

Y entonces una especie de pinchazo atravesó su cerebro. Se dio cuenta de la sórdida realidad. Estuvo a punto de dar un brinco y saltar de la mesa de billar.

—¿Y Jezabel? ¿Qué ha ocurrido con ella?

—A Jezabel se la han llevado, muchacho.

—¿Quién?

—Han sido dos tipos de aquella casa de juego y la han metido. La chica pataleaba, pero ha sido inútil.

—¿Y por qué no lo has impedido?

Sam señaló su tipo esmirriado, pequeñajo, maltrecho, antes de preguntar con asombro:

—¿Yooooo…?

—¿Pues qué has hecho?

—Bastante trabajo he tenido con defenderte a ti para que no te clavaran una bala. Porque los dos buitres aquéllos querían rematarte, eso es seguro. Mientras arrastraban a la chica, uno de ellos ha disparado. Menos mal que yo había podido mover a tiempo un carro que estaba junto al porche y en aquel momento había dejado prácticamente tu cuerpo entre las dos ruedas. Las llantas te han protegido.

Kennedy se había sentado en la mesa de billar.

Notaba el mismo vértigo de antes.

Pero consiguió dominarse. Se puso en pie y miró en torno suyo, con una mirada perdida y donde se leía una fría desesperación.

Sam murmuró:

—Más vale que no lo intentes, muchacho.

—¿Y tú qué sabes?

—Sé lo bastante para adivinar lo que estás pensando.

Kennedy apretó los labios.

—No voy a dejar a Jezabel allí —dijo tercamente.

—Imagino lo que es aquella casa —murmuró Sam—. Y Carson ha colaborado en lo de la muchacha, ¿verdad?

—Sí.

—Hay gente que gana mucho dinero con eso. Lo que nunca creí fue que resultara un hijo de zorra de esa clase. Parecía buen chico.

—Lo parecerá otra vez.

—¿Cuándo?

—Después de muerto.

Sam se sobresaltó.

—¡Kennedy, no lo intentes!

Pero ya era demasiado tarde.

Kennedy había salido de allí como un ciclón, después de comprobar que seguía llevando su revólver.

Y avanzaba hacia la casa.

CAPÍTULO X

Aparentemente todo era normal. En aquella población sin *sheriff*, el alguacil debía ser uno de esos tipos que no se meten en nada. Una muchacha acababa de ser raptada en plena calle y delante de los ojos de media ciudad, pero nadie parecía haberse preocupado por eso. Las risas y las canciones seguían en los *saloons*. Unos cuantos borrachos deambulaban pesadamente de un lado para otro.

Kennedy entró en la casa de juego.

No debían esperarle ya.

Debían pensar que estaba herido gravemente o que, en todo caso, no se atrevería a poner más los pies allí.

De todos modos había un gorila en la puerta.

Un gorila del peso fuerte.

Miró a Kennedy con cara de asombro y luego le enseñó unos dientes felinos mientras murmuraba:

—Tú no querrás que te entierren tan pronto, muchacho…

—Yo no; tú sí.

Y Kennedy disparó su puño derecho.

Lo clavó en la mandíbula con todas sus fuerzas, pero el otro ni se enteró. Sólo sus ojos quedaron un momento en blanco. Luego intentó sujetar a Kennedy por el cuello de la camisa.

Kennedy se dio cuenta de que tenía delante a un enemigo duro de pelar. Era una verdadera roca. Pero hasta las rocas tienen su punto flaco, de modo que probó a arrear un buen rodillazo al bajo vientre.

Esta vez hizo efecto.

¡Y qué efecto!

Las manos que ya sujetaban a Kennedy resbalaron.

El tipo se estremeció, mientras lanzaba una maldición salvaje y a continuación, en rápida retahíla, daba a Kennedy toda clase de

recuerdos afectuosos para su madre.

Kennedy disparó los dos puños otra vez.

Y en dos tandas sucesivas.

Abajo-arriba, arriba-abajo.

Su enemigo, que ya estaba bastante maduro después del rodillazo, no pudo resistir demasiado esta vez. Cayó cuan largo era, con los brazos en cruz. Y siguió enviando recuerdos afectuosos a la mamá de Kennedy, pero ahora ya en sueños.

Nadie se había dado cuenta de aquello.

Y si alguien lo vio desde la calle, no le dio importancia.

Kennedy subió las escaleras que ya conocía. Captó los mil rumores de la sala de juego. Vio la puerta.

Toc, toc.

La mirilla que se abre.

La cara cuadrada que aparece.

—¿Quién es?

—¡Tu tía!

El puño que atraviesa la mirilla.

Las narices que despiden sangre.

Todo aquello era como una rápida sucesión de fotografías, de imágenes, de visiones fragmentadas iguales que las que nos rodean en los sueños.

Intentó retroceder.

Kennedy le sujetó por el cuello.

Lo mantuvo quieto.

—Amigo, ¿qué grosor tiene esta puerta?

—Un… un dedo.

—O sea que una bala del «45» la atravesaría fácilmente. Pues bien, métete esto en la cabeza, compadre. Te estoy apuntando desde el otro lado, y tengo seis balas en el cilindro, de modo que las seis adornarán tu barriguita si no abres. Y vas a hacerlo inmediatamente porque te conviene. Vas a hacerlo inmediatamente porque te conviene. Vas a hacerlo… ¡ahora!

El otro le miró como si no le creyera.

—Tú estás loco —barbotó.

—¡Abre!

—No saldrás vivo de aquí.

—Pues es estupendo, porque así nos enterrarán juntos y nos

harán rebaja.

La frialdad de la voz de Kennedy terminó de convencer al otro. Sin duda el joven estaba loco, pero era un loco que se lo llevaría por delante. De modo que abrió.

Cuando Kennedy pasaba, el otro aún intentó sacar el revólver que llevaba en la funda axilar.

Kennedy ya esperaba eso, de modo que se movió.

Un golpe de cañón a la ingle.

Y un buen trabajo de barrena en el pie izquierdo, con el punto de mira, llevándose medio párpado.

El otro ya no intentó resistir. Sólo lanzó un aullido de dolor que debió oírse de un lado a otro de la casa.

Kennedy comprendió que estaba descubierto.

Pero ya no iba a vacilar.

Se dirigió a la habitación donde antes había tratado de salvar a Jezabel, y cuyo camino recordaba muy bien.

Pero si esperaba atrapar a sus enemigos por sorpresa, estaba listo.

Le estaban esperando ya.

El comité de recepción en pleno.

Por todos los demonios…

Sólo faltaba la banda de música.

CAPÍTULO XI

Eran cuatro hombres.

A uno de ellos lo conocía Kennedy muy bien. Demasiado bien. Porque se trataba de aquel hijo de hiena zarrapastrosa, nauseabunda, etcétera, etcétera. Porque se trataba de Carson.

Los otros dos eran pistoleros vulgares, eran gente de esa que se alquila para hacer de matón en los lugares más o menos clandestinos y más o menos elegantes.

En cuanto al cuarto tipo, parecía desarmado y cualquiera hubiese dicho que estaba allí para divertirse. Iba muy bien vestido. Era un barrigón de categoría. Tenía unos bigotes lacios que le caían por la comisura de los labios, y en sus dedos había una constelación de anillos. Por su aspecto, Kennedy comprendió que tenía que tratarse de otro hijo de hiena. Tenía que ser Ramírez, el cacique mexicano que había encargado la «compra» de Jezabel.

Carson sonrió.

—Muchacho —sonrió—, nunca creí que me dieras tantas preocupaciones.

—Voy a darte algo más que preocupaciones. Voy a darte un ataúd a tu medida, aunque dudo mucho que construyan ataúdes para ratas.

—¡Qué manera de ponerse, chico! ¡Total, por una mujer…!

—Esa mujer es ahora lo más importante para mí.

—No me dirás que te has enamorado de ella…

—No, no me he enamorado de ella. No he tenido tiempo. Pero me consideraré el bicho más despreciable que hay en la tierra si no consigo salvarla.

El gordo sonrió silenciosamente.

Kennedy susurró:

—¿Quién es este saco de grasa?

—Es el señor Ramírez. Por su cuenta hice el trabajo de Jezabel.

—Ah, vaya… —dijo burlonamente Kennedy—. Esto es el Zoo, Además de una rata he podido conocer un cerdo.

—Parece que no te das cuenta de la situación en que estás, muchacho.

—¿Qué situación?

—Tú mismo te has metido en la boca del lobo.

—Eso ya lo sabía cuando vine hacia aquí.

Carson torció los labios.

—Pero quizá ignoras que el señor Ramírez es uno de los dueños de este local. Es el principal accionista, vamos. Lo que él dice se tiene que hacer.

—¿Y qué dice?

El gordo parecía muy divertido. Todas las miradas convergieron hacia él.

Uno de los pistoleros preguntó:

—¿Qué hacemos, señor Ramírez?

—¡Ahorcadlo!

Y señaló la poderosa cadena de la que colgaba la lámpara del techo.

Kennedy palideció.

Allí no faltaba nada. Ni la cuerda.

Porque para eso podrían emplear los cordones de seda que sujetaban los cortinajes.

Claro que él no se estuvo quieto. No iba a dejar que le mataran así como así. Su puño derecho salió disparado hacia la cara del pistolero que tenía más cerca.

Pensaba tumbarlo y, aprovechando la confusión, sacar el revólver.

El pistolero recibió el impacto de lleno. Lanzó un alarido y cayó de espaldas mientras disparaba al aire. Pero Kennedy no contaba con el que tenía a su espalda.

A ése no lo había visto.

Sólo lo sintió.

El culatazo en la nuca le hizo caer de rodillas. Y el dolor fue vivísimo, casi insufrible. Por unos segundos tuvo la sensación de que perdía el sentido, de que boqueaba al borde de la nada.

Le pareció escuchar la voz de Ramírez.

—¡Atadlo!

Efectivamente, lo hicieron con los cordones de las cortinas. Kennedy notó el roce de la seda en las muñecas. Nunca el roce de una cosa tan fina le había parecido tan repugnante.

Notó también que le rodeaban el cuello.

No podía defenderse.

Le habían quitado el revólver.

Y el dolor era tan insufrible que le dejaba sin fuerzas. Los pinchazos en el cráneo eran demoledores, como si se lo atravesaran con cien agujas a la vez.

Notó también que lo subían a una silla.

El otro extremo de la cuerda ya debía haber quedado sujeto a la lámpara.

Ramírez lanzó una carcajada.

—¡Cuidado! ¡No se os caiga antes de hora!

—¿Retiramos la silla?

—Un momento. Quiero que Jezabel lo vea.

Carson masculló:

—¿Y qué gana con eso, señor Ramírez?

—Así se pondrá más tierna…

El gordo abrió una puerta contigua y tiró de alguien. Era Jezabel, que había estado escuchando temblorosa junto a la hoja de madera. La hizo entrar a la fuerza en la sala.

Jezabel estaba aterrorizada.

Sus ojos desencajados miraron a Kennedy.

Éste apenas podía verla, pero trató de sonreír con un gesto de desafío. Su mirada burlona se esparció por la sala. Contempló con desprecio a todos aquellos buitres en el momento de morir.

La voz de Jezabel pareció llegar de muy lejos.

Ella se había abrazado al gordo.

Trataba de besarle en las mofletudas mejillas, mientras él la acariciaba con sus manos carnosas y rutilantes de anillos.

—Haré lo que quieras… —musitó Jezabel—. Seré tu esclava, me arrastraré a tus pies, haré lo que me pidas. Pero no le mates. Dejadle marchar. Ese hombre ya no os hará ningún daño.

Ramírez emitió una risita viscosa.

—Te equivocas, muñeca. El muy condenado ya ha vuelto para matarme. Si no lo elimino, me seguirá creando problemas.

—¡No lo hará! ¡Si le dejas libre no lo hará! Y además, ¿yo no

valgo nada? ¿No te importan mis besos, mis caricias? ¿No sirve para nada lo que yo pueda hacer?

—Pienso tenerlo igualmente, nena.

—No es lo mismo.

Claro que no. Ramírez sabía, por larga y sucia experiencia, que no era de ningún modo lo mismo.

Sonrió.

—Tal vez lleguemos a un acuerdo, muñeca. Tú eres amable y yo perdono a ese hombre.

Kennedy, lleno de rabia, escupió al aire.

—¡Infiernos! ¡Trata de huir! ¡Trata de huir, maldita sea! ¡No hagas caso de ese cerdo!

Pero él sabía que huir era inútil. Ramírez empujó con impaciencia a la muchacha hacia el interior de la habitación que acababa de abrir.

Antes de desaparecer gritó:

—¡Soltadlo!

Pero guiñó un ojo a los pistoleros.

Éstos sabían lo que significaba.

Tenían que derribar la silla y ahorcar a Kennedy mientras Ramírez se aprovechaba de la situación al otro lado de la puerta.

Uno de los sicarios fue a cumplir la orden.

Kennedy cerró los ojos.

No le importaba la muerte, sino el acabar de aquella manera miserable, puerca.

Peor que un asesino.

Porque a un asesino se le ahorca en un patíbulo y con cierta solemnidad, mientras que a él le ahorcaban en secreto y en una casa de juego.

La silla se movió.

Kennedy fue a acordarse de sus viejas oraciones, aquellas oraciones tan lejanas de cuando era un niño.

Y en ese momento oyó la voz de Carson:

—¡Quietos todos!

Le miraron con asombro.

Hasta Ramírez, a punto de cerrar la puerta, se había detenido.

—¡Eh! ¿Qué diablos pasa?

—Lo que pasa es que todo esto me da asco —masculló Carson—.

No admito que se mate a un hombre así. Y no admito que un cerdo como Ramírez ultraje a una mujer de esa manera.

—Tú se la has proporcionado —masculló uno de los pistoleros.

—De eso me estoy arrepintiendo ya, infiernos. ¡Soltad a ese hombre! ¡Dejadlo libre de una condenada vez!

Uno de los sicarios barbotó:

—¡Te has vuelto loco…!

Y fue a disparar.

Por la rapidez de su gesto estuvo a punto de sorprender a Carson.

Pero éste era demasiado rápido para que le ganaran en la décima de segundo fatal. Disparó a través de la funda, sin «sacar», con un seco movimiento de cadera.

¡Bang!

El pistolero trató de llevarse las manos a la frente, donde acababa de aparecer un orificio rojo.

El otro se abalanzó sobre la silla.

Parecía como si su única obsesión fuese acabar con Kennedy.

De pronto se detuvo en seco, cuando algo le cortó el camino. La bala y él coincidieron casi en el centro de la habitación. El pistolero resbaló, consiguió sujetar las patas de la silla y tiró de ellas con sus últimas fuerzas.

Pero Carson había disparado de nuevo.

Todo dependió de una décima de segundo.

Si llega a fallar, Kennedy queda ahorcado, porque la silla ya no estaba bajo sus pies. Pero la bala de Carson segó la cuerda justo cuando ésta se tensaba.

El joven cayó a tierra.

Ramírez estaba como paralizado por el estupor y el miedo.

Bruscamente extrajo un pequeño «Colt» de su funda sobaquera. Lo apoyó en la sien de la muchacha.

—¡Soltad vuestras armas! ¡Soltadlas o disparo!

Miraba a Carson que era el único que estaba armado. Y Carson vaciló sin saber qué hacer.

Kennedy comprendió que todo dependía de unos brevísimos instantes. Si se rendían estaban perdidos todos, incluida Jezabel. Pero mientras Ramírez no le mirase a él, aún podía intentar algo.

Se había dejado caer junto al revólver de uno de los muertos.

Tiró por entre las patas de la silla. Ramírez ni se dio cuenta. La bala penetró por entre sus dos cejas y no le dejó tiempo ni para apretar el gatillo a su vez. Aquella mole de grasa se derrumbó como un saco que se vacía.

Jezabel estaba a punto de desmayarse.

Se apoyó en una jamba de la puerta, mientras sentía que todo daba vueltas en torno suyo. Carson hubo de sostenerla.

—Ya todo ha pasado. No te preocupes. Ahora lo que hace falta es salir de aquí.

Kennedy murmuró:

—No te he dado las gracias aún, Carson…

—Ya me las darás cuando tengas la seguridad de que quedas vivo.

La frase no era vana.

Se oían gritos y carreras en toda la casa.

Los pistoleros que guarnecían el local estarían allí en un momento. Tenían que escapar antes de que fuese demasiado tarde.

Kennedy barbotó:

—¡La ventana!

—¿Otra vez? ¡Muchacho, si no nos rompemos un hueso será por milagro!

—No creo que tengamos otra salida.

En efecto, se oían pisadas junto a la puerta.

Ésta se abrió. Tres hombres armados con rifles aparecieron bruscamente en el umbral.

En otras circunstancias los dos jóvenes hubieran estado perdidos, porque uno de los rifles tenía el cañón aserrado y estaba cargado con postas. Bastaba apretar el gatillo para que los dos desaparecieran del planeta.

Pero ahora se sentían invencibles. Los «Colt» descansaban en sus manos. Los dientes chirriaron mientras los dedos se cerraban sobre los gatillos. Una tempestad de plomo saltó sobre los tres hombres que acababan de irrumpir en la sala.

El de la escopeta cargada con postas logró disparar, pero al suelo. Prácticamente ya estaba muerto cuando apretó el gatillo. Todas las tablas sobre las que cayó la metralla quedaron materialmente pulverizadas.

Ni Kennedy ni Carson hablaron más.

No podían.

Los dos se lanzaron hacia Jezabel, que continuaba apoyada en la jamba de la puerta, mirando como hipnotizada los cadáveres. La sujetaron uno por cada mano y la impulsaron hacia la ventana.

—¡Salta!

La verdad era que Jezabel, ya empezaba a tener experiencia en aquella clase de vuelos sin motor. Era la segunda vez que salía despedida por la misma ventana. De modo que no vaciló mientras se lanzaba a la calle en compañía de los dos hombres.

Rodaron por el suelo.

Kennedy cayó mal, porque el dolor que aún sentía en la nuca le impedía ser dueño de sus movimientos.

Tuvo la sensación de que se rompía todos los huesos.

Se estrelló contra el porche frontero después de un patinazo que en un concurso hubiese tenido premio.

Kennedy se sujetó la cabeza.

No estaba muy seguro de tenerla en el mismo sitio.

—¿Te sientes bien? ¿O quizá la lengua ya te ha salido por el cogote?

Era la voz de Carson.

Amable como siempre.

—Otro saltito así y hacen embutidos de tus dos piernas, muchacho.

—No pienso volver a saltar desde esa condenada ventana.

—Pues entonces lo primero que hay que hacer es escapar de aquí. Esta ciudad se va a transformar en un infierno para nosotros.

Kennedy se iba despabilando por instantes. Echó a correr hacia el hotel.

—¡Vamos! ¡Mientras nosotros vigilamos, Sam preparará los caballos!

Jezabel corrió con ellos.

—¿Tú crees que podremos huir? —preguntó a Carson.

—Yo pienso que sí, pero lo malo no va a ser eso.

—¿Pues qué…?

Carson hizo chascar dos dedos en el aire, sin dejar de correr por ello.

—Lo malo va a ser —dijo— que para repartir menos de treinta mil dólares ya somos tres y lo que cuelga.

CAPÍTULO XII

El terreno se extendía agreste y hostil ante sus ojos. Ya llevaban un día entero galopando a ratos y otros avanzando al paso; habían hecho un largo recorrido desde la ciudad de Virginia. Tenían la sensación de que nadie les perseguía. De lo contrario lo hubieran notado ya.

Carson se secó el sudor.

El sol pegaba de firme, pero un vientecillo fresco aliviaba algo el calor. El día era soportable después de todo.

—Creo que hemos marginado el territorio indio —dijo Carson—. No es fácil que los apaches nos persigan ya.

Desde su silla, Kennedy señaló las colinas pedregosas que se alzaban a unas tres millas de distancia.

—Cierto —dijo—, aquellas colinas forman el punto máximo de avance de los apaches. Pero desde allí pueden vernos.

—Estoy seguro de que nos ven —remachó Carson—. Eso sí.

—Todo consiste en saber si les parecemos una presa lo bastante apetitosa para exponerse a hacer una salida.

A Sam parecía picarle la silla de su caballo.

Barbotó:

—Menos hablar y vámonos de aquí. Nuestros caballos están cansados. Si esos tíos vienen a por nosotros, no podemos huir. Tres millas de margen no son apenas nada.

—Está bien. Sigamos.

Y mientras avanzaban al paso, los dos jóvenes clavaron sus ojos en Jezabel.

Ella lo notó. Lo había notado ya otras veces, durante su fuga, pero hasta ahora no se había atrevido a preguntar la causa.

—¿Qué pasa? —susurró—. ¿Qué miráis?

Fue Kennedy el que susurró:

—De ti depende algo muy importante.

—¿Sí? ¿Y qué es eso tan importante que depende de mí?

—El que vayamos o no a la cárcel.

—No acabo de entenderos.

—Tú sabes —murmuró Kennedy— que yo iba a quedarme los veinticinco mil dólares en vez de pagar el rescate, y eso es un delito. Sabes también que Carson intentó venderte como un vulgar tratante de blancas. A él le saldrían unos diez años y a mí unos cinco. No creo que nos escapáramos con menos.

—Lo que me estáis pidiendo es que no os denuncie, ¿verdad?

—Cierto —murmuró Kennedy—. Pensamos quedarnos con el dinero y decirle a tu tío que pagamos el rescate. ¿A él qué más le da? Carson y yo confiamos en que en todos estos asuntos guardarás silencio.

Jezabel asintió con la cabeza.

—Sería peor que una serpiente si me volviera contra los hombres que me han salvado la vida —susurró.

—¿No lo dices porque ahora estás en nuestras manos? ¿Cambiarás de opinión en cuanto lleguemos a la ciudad de Sullivan?

—¡Claro que no cambiaré de opinión! Podéis confiar en mi silencio.

Eso tranquilizó a los dos hombres.

Era demasiado importante lo que se jugaban volviendo a la ciudad a cara descubierta.

Pero para llegar a Sullivan les faltaba aún un día entero de marcha, y eso si tenían suerte. Estaban dando un rodeo muy largo a fin de esquivar la zona india. Buscaban atajos casi inverosímiles entre las rocas y procuraban mantenerse en cubierto de las miradas de cualquiera que les siguiese.

Durante otro día entero avanzaron sin novedad. Casi no llevaban provisiones y eso hacía muy difícil su marcha, porque no encontraban en aquel sector ningún sitio donde comprar nada. Incluso el agua la encontraban con dificultad, porque todos los pozos estaban en poder de los apaches insurrectos. Cuando llegó la noche, todos se sentían literalmente al borde de sus fuerzas.

Pero ya casi rozaban la meta.

No podían desfallecer ahora.

—Una noche se pasa de cualquier modo —dijo Kennedy—. Los

tres hombres nos repartiremos la guardia mientras Jezabel descansa. Mañana a mediodía, con un poco de suerte, podernos estar en Sullivan.

—Yo haré el primer turno —ofreció Carson—. Lástima que no podamos encender ni una mala fogata. Por la noche refresca.

—Mientras no nos calienten los apaches…

Sam alzó de pronto un brazo, señalando a lo lejos.

—¡Mirad!

Todos miraron en aquella dirección. En efecto, se apreciaba un leve resplandor en el horizonte. Era como si alguien hubiese encendido una hoguera entre unas casas.

—¿Hay alguna población allí?

—Imposible saberlo si no nos acercamos. Y creo que debemos acercarnos con mucha prudencia. Podría ser una trampa.

Ensillaron de nuevo sus caballos, prepararon las armas y avanzaron poco a poco hacia allí. Kennedy iba delante. Le seguían Jezabel y Carson, mientras que Sam cerraba el grupo.

En efecto, se trataba de un pequeño poblado.

Cuatro casuchas perdidas bajo la luna en la ladera de una montaña.

Pero aquello no estaba abandonado, porque, en efecto, había una fogata. Media docena de hombres se encontraban en torno a ella. De la ventana de una de las casas se desprendía una trémula luz.

A distancia, los hombres congregados allí le parecieron a Kennedy un grupo de vaqueros. No había, pues, peligro aparente. Hizo una seña a sus compañeros y éstos avanzaron, aunque teniendo listas las armas.

Los vaqueros se alzaron al oírles llegar.

También desconfiaban.

Les apuntaban enseguida.

Kennedy mostró el rifle alzado sobre su cabeza, en actitud de no disparar.

—Buenas noches, amigos. Venimos en son de paz.

—¿Quiénes sois?

—Nos dirigimos a Sullivan.

—¿No viene nadie detrás de vosotros?

—No, no nos ha seguido nadie. ¿Qué pasa?

—Tenemos miedo de otro ataque apache. Esta tarde hemos tenido un encuentro con ellos.

—¿Es que han llegado hasta aquí?

—Están batiendo la zona. Parecen que buscan a alguien.

Kennedy pensó que les estaban buscando a ellos, pero se calló. No quería asustar aún más a aquel pequeño grupo de hombres que ya apenas dominaban sus nervios.

Descabalgó mientras preguntaba.

—¿Y ustedes quiénes son?

—Un grupo que va a comprar tierras más al norte. Estábamos establecidos aquí cerca, pero no queremos quedarnos en esta zona.

—¿Han tenido bajas?

—Sí. Tres hombres que han quedado muertos en el fondo de un barranco, sin que hubiese modo de sacarlos de allí. Y… y también ha habido otra víctima. Miren.

Señalaba hacia la casucha de la cual surgía una luz.

Kennedy entró, seguido por los otros.

El ataúd era de madera sencilla, hecho con unas cuantas tablas, y tenía la tapa a un lado. Recibía la luz de un hachón, que era el que despedía a través de la ventana aquella claridad mortecina. Y dentro de la fúnebre caja había una muchacha. Una muchacha que no debía tener más allá de diecisiete años.

No habían podido cambiarla de vestidos; sus ropas estaban tintas en sangre. Había recibido una rociada de balas en el pecho.

—Ella nos acompañaba y peleó junto a nosotros —musitó el hombre que les había señalado la casa—, pero fue la primera en morir. Por fortuna hemos podido recuperar su cadáver y la enterraremos dignamente en cuanto amanezca.

Kennedy sintió frío en la espina dorsal.

No sólo le deprimía ver el cadáver de aquella muchacha. Es que además se daba cuenta de que podían estar metidos en una encerrona.

Seguro que los apaches los estarían rodeando.

Y en cuanto amaneciera les arrancarían la piel a todos.

—¿Por qué no tratas de salir de aquí? —musitó.

—¿Salir? ¿Por qué?

—Los indios les tendrán localizados. No podían elegir un sitio más peligroso.

—Ya lo hemos pensado, pero ¿cómo dejar a Anna?

—Todos somos parientes suyos. ¿Cómo abandonarla?

—Podemos enterrarla ahora y aprovechar la noche. Al amanecer deberíamos estar bien lejos de aquí.

—No enterraremos a Anna en cualquier parte —dijo tenazmente el hombre que acababa de hablar—. Ella merece una sepultura digna.

—Sin duda, pero…

—Márchense ustedes si quieren. Nosotros nos quedaremos aquí.

Kennedy consultó con sus compañeros. Les bastó una mirada para entenderse.

No podían dejar a aquel grupo abandonado a su suerte, ya que era seguro que a la mañana siguiente atacarían los indios. Pero es que al mismo tiempo tampoco les convenía a ellos alejarse demasiado. Los hombres de Joe Halcón debían estar tomando posiciones, y tropezarse con ellos por la noche aún iba a ser peor que verlos venir al amanecer.

Kennedy salió de la casa.

—De acuerdo —dijo—, nos quedaremos con ustedes. ¿Cómo están de armas?

—Tenemos rifles.

—¿Cuántos indios han calculado que atacaban?

—Unos sesenta.

Kennedy apretó los labios.

Sí, tenía que ser el grupo de Joe Halcón. Los demás apaches se habían ido retirando a sus tierras, pero la tropa de los más fanáticos seguía presentando batalla. Aunque ahora sabía Kennedy que aquel grupo no luchaba por los ideales de su pueblo, sino sólo por espíritu de rapiña.

—¿Ustedes cuántos son?

—Siete.

—Siete y tres diez, porque la mujer no cuenta —recapituló Kennedy—. Y tampoco tendría que contar Sam, pero en fin. En total, nueve nombres útiles. Nueve contra sesenta. No sé qué diablos haremos.

—Más vale que se vayan. Lo único que conseguirán será morir.

—Podríamos intentarlo, pero también es muy posible que tropecemos con los apaches repentinamente, y entonces será peor

aún.

—Yo estoy seguro de que nos han visto llegar —dijo Carson—. Saben que estamos aquí y no nos dejarán salir. La situación es pésima, pero al menos aquí tenemos un sitio donde parapetarnos. Creo que esto es mejor que jugar al escondite bajo la luna.

Kennedy afirmó pensativamente.

—Debemos dormir —musitó—. Al fin y al cabo aquí tenemos otra ventaja.

—¿Otra ventaja? ¿Cuál?

—Que estos amigos nos harán la guardia.

Los primeros rayos del amanecer dieron en la cara de Kennedy, que se había tendido expresamente en el lugar donde se proyectaría el sol para despertarse sin tardanza. Alzó la cabeza, se frotó los ojos y miró en torno suyo.

Todo el mundo estaba ya en pie.

Con los ojos perdidos en el horizonte.

Kennedy miró también en la misma dirección y observó las colinas. Todas las que daban al sur estaban materialmente tapizadas de jinetes. Las que daban al norte aparecían libres, pero ése era un detalle del que no se podían fiar.

Al contrario.

Joe Halcón les estaba enseñando solo el escaparate. Simulaba ir a atacar con aquellas fuerzas, pero el grueso de sus efectivos estaba precisamente tras las colinas que daban al norte. Si trataban de huir por allí, serían aplastados inmediatamente.

Pero el pequeño grupo no se daba cuenta de eso. Todos creían a pie juntillas que el ataque vendría solo por el sur. Y los hombres sin excepción habían ido tomando posiciones en aquel lado.

Kennedy miró a Carson.

Éste limpiaba tranquilamente un rifle.

Pero él también se había dado cuenta de la realidad. No miraba al sur, sino al norte.

—El grueso del ataque vendría por allí —dijo.

—Lo doy por descontado.

—Lo malo será que al principio atacarán por el sur, como esperan ésos. Y la primera carga nos dejará tan debilitados que para los que están ocultos en el norte esto será un paseo. Pero he tendido una pequeña trampa.

—¿Qué trampa?

—La única posible. En una de esas casas había alambre fino y lo he tendido entre aquella roca y aquella otra, a la altura de las rodillas de los caballos. Ésa será la zona por la que vendrá el ataque, seguro. Si tenemos suerte podemos liquidar a una buena ración de ellos antes de que nos liquiden a nosotros, pero el resultado final está bien decidido. Creo que veremos el sol por última vez, amigo.

Kennedy miró instintivamente hacia arriba.

Un sol redondo y luminoso, el más bonito que había visto nunca, se elevaba sobre las colinas como una inmensa bola de fuego.

Otra vez sintió aquel frío en la espalda.

—Esos indios impresionan —musitó.

—Sí. Tan quietos como estatuas, tan rígidos como muertos.

—Como luego estaremos nosotros.

—Bah. ¿Por qué pensar en eso?

—Cierto, mejor no pensar. Pero hay algo que me atormenta: ¿qué será de ella?

—¿Jezabel?

—Sí, Jezabel. Todo lo que hemos hecho no habrá servido de nada.

—Paciencia, pero de todos modos puedo asegurarte una cosa: Esto va a ser una carnicería. No la cogerán viva.

Los dos hombres miraron de nuevo hacia el horizonte.

Las figuras inmóviles de los apaches les hacían perder la paciencia, les crispaban los nervios.

Diríase que no respiraban.

Pero aquella táctica era buena. Situados fuera del alcance de sus rifles, les deshacían los nervios, les desmoralizaban, les hacían pensar en la muerte que ya era inevitable.

Carson musitó:

—No son apaches, sino vulgares bandidos. Yo no respeto a ese pueblo, pero los que manda Joe Halcón son unos renegados. Estas tierras no les interesan. Sólo les interesamos nosotros.

Kennedy tenía la mirada perdida en el vacío.

—Parece que ahora se mueven…

—Sí. Empieza a desplazarse el ala izquierda.

—Creo que ha llegado el momento, muchacho.

—¡Vienen!

—¡Ahora!

Los indios situados en la más cercana colina habían lanzado al unísono un salvaje grito de guerra, mientras alzaban sus rifles. Fueron ellos los primeros en ponerse al galope. La primera oleada avanzó. La segunda siguió apenas medio minuto más tarde.

Causaba impresión verles.

Desbocados, formando hasta cuatro hileras de rifles y de cuchillos, envueltos en sus gritos salvajes y en una nube de polvo.

Todos los hombres que les veían venir estaban inquietos.

Cada uno a sola con sus pensamientos y con su secreto miedo a la muerte.

Pegado a su rifle.

Kennedy calculó mentalmente las distancias. Comprendió que ahora era inútil disparar. En cuanto llegasen a los primeros matorrales…

Dirigió una ojeada hacia el norte.

Por allí nada… aún.

—¿Preparados? —preguntó—. ¡Ahora! ¡Fuego graneado! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Los primeros indios acababan de llegar a los matorrales. Sonó una descarga cerrada.

Ni una bala se perdió.

Nueve apaches cayeron.

—¡Fuegooo…!

Pero ahora los indios se habían dispersado un poco. Y cuanto más cerca estaban de sus enemigos, éstos se ponían más nerviosos y tiraban con más imprecisión.

Cayeron otros tres atacantes.

Pero Kennedy, que los contaba mientras iba disparando, calculó que aún quedaban unos veinticinco. Eso significaba que unos veinte más tenían que estar al lado norte.

Y sólo atacarían cuando el sur estuviera llegando.

Les faltaba ahora apenas un cuarto de milla.

—¡Fuego!

La orden había partido ahora del lado apache. Los jinetes, que se habían concentrado en cuestión de segundos con una habilidad pasmosa, detuvieron los caballos, hicieron una descarga cerrada y

se dispersaron inmediatamente para ofrecer menos blanco.

La descarga fue de efectos fulminantes.

Alcanzó de lleno a los defensores.

Sólo al hecho de que éstos se encontraran bien parapetados, se debió el que el combate no terminara allí mismo. Pero aun así dos de los vaqueros se llevaron las manos a la cabeza y se doblaron para siempre. Carson farfulló:

—Sólo somos siete…

—Y eso que cuentas a Sam. Sam no ha acertado más que una bala.

El pequeñajo disparaba, pero a cada retroceso del rifle parecía como si se le fuera a escapar de entre las manos. Kennedy gritó:

—¡Tú! ¡Apunta a las nubes!

Sam apuntó a las nubes.

Hizo fuego.

Un apache que caracoleaba a poca distancia cayó fulminado por el plomo.

—¡Muy bien, muchacho! —gritó Carson—. ¡Sigue apuntando a las nubes, pero ten cuidado no me des a mí!

Los jinetes ya estaban prácticamente encima.

Tres más habían caído.

Y ya sólo quedaban seis defensores, porque otro más se había ido al valle del eterno olvido.

Jezabel alzó un revólver.

Sus facciones se habían tensado en una mueca de decisión. Sabía lo que le esperaba y estaba dispuesta a morir matando. Apretó el gatillo dos veces.

Pero sus balas fallaron.

Estaba demasiado nerviosa.

Kennedy y Carso, en cambio, no fallaban un solo plomo. Estaban seguros de que iban a morir y eso les daba una insólita seguridad en sí mismos. Diríase que no tenían ni prisa. Cribaban a sus enemigos metódicamente, cruzando los fuegos de sus revólveres para que ni un solo ángulo quedara por batir.

No tenían que molestarse ni en recargar sus armas.

Por el suelo estaban los revólveres de los muertos.

Toda una hilera de apaches cayó segada por el plomo. Los demás parecieron vacilar unos instantes.

No habían esperado aquella resistencia salvaje. Y no supieron ni seguir atacando o retroceder.

Aquella vacilación les resultó fatal. Los seis defensores cobraron ánimos. Hasta Sam acertó.

Otra nube de plomo se abatió sobre los jinetes. Los caballos relincharon asustados. Mientras un grupo de indios retrocedía, tres más avanzaron a toda costa y saltaron el parapeto.

Pero cuando lo consiguieron ya estaban muertos. El plomo les había rociado por todas partes. Y los defensores, que ahora sólo eran cinco, lanzaron un grito de júbilo.

—¡Huyen! ¡Los hemos vencido! ¡Huyeeeen…!

Kennedy miró hacia atrás, hacia el lado norte.

Él no estaba tan tranquilo.

Sabía lo que tenía que pasar y, en efecto, lo que tanto temía sucedió justo en aquel instante. Unos veinte indios se lanzaron al ataque por aquel lado. Mientras tanto los supervivientes del primer asalto volvían.

Kennedy giró su revólver.

—Ahora llega lo peor, muchacho.

—Espera…

Los indios avanzaban también en dos hileras. Eso era un mal asunto, porque los de la segunda verían caer a los de la primera y ya no se precipitarían en la trampa.

Carson apretó los labios.

—Infiernos.

—¡Ya caen!

Había que aprovechar aquellos segundos. Los breves segundos durante los cuales los de la primera hilera se desplomarían y los de la siguiente tendrían que frenar.

Los dos hombres dispararon como ametralladoras, hasta agotar las doce balas de sus «Colt».

Ninguno de los apaches de la primera hilera se salvó. Los de la segunda, que eran diez hombres, estuvieron a punto de volver grupas.

Entre ellos reconocieron a Emil.

—¡Está allí!

—¡Dale!

Los dos dispararon a la vez contra él. Emil cayó alcanzado,

mientras daba una trágica voltereta sobre el lomo de su caballo.

—¿Has visto a Joe Halcón?

—No. ¡Maldito sea! Como no esté entre los otros muertos…

Los dos hombres no tuvieron ahora más remedio que empuñar los rifles de los muertos, puesto que ya no había revólveres cargados. Eso les obligó a perder unos instantes que los indios aprovecharon para avanzar.

La escena que se produjo entonces fue de una enorme confusión.

Los del lado sur estaban ya irrumpiendo en los parapetos, pero caían alcanzados en el mismo instante de saltar. Los nueve del lado norte, mientras tanto, habían proseguido en su ataque.

Kennedy y Carson disparaban sin mirar.

Era imposible apuntar a ninguna parte. Había que tirar al bulto y apretar el gatillo apenas se había movido la palanca del rifle.

No veían nada. Estaban como enloquecidos por el humo de la pólvora.

Jezabel y Sam también disparaban rabiosamente.

Formaban ante ellos una auténtica cortina de fuego.

Dos de los apaches se estrellaron contra la fachada de las casas. Entre los defensores se oyó un grito de muerte. Uno de los indios saltó junto a Jezabel mientras alzaba un hacha.

Kennedy giró el revólver a tiempo.

Sonaron casi al mismo tiempo la detonación y el aullido de agonía.

El apache soltó su arma, mientras su cabeza se abría en dos. Casi media docena de caballos sin jinete saltaron entonces por encima del parapeto.

Se produjo entonces algo que les pareció irreal a todos.

Un extraño, un súbito silencio.

Después del estruendo de los disparos el silencio lo cambiaba todo, pero hacía aún más intensa y angustiosa la sensación de muerte.

Kennedy susurró:

—Es asombroso.

No comprendían cómo habían podido rechazar el ataque, pero lo cierto era que no se veía a un indio vivo. La rebelión de los secuaces de Joe Halcón podía darse por liquidada. Gracias a la estratagema de Carson al tender el alambre en el lado norte, el ataque había

fracasado. De lo contrario serían ellos y no los apaches los que estarían muertos ahora.

Kennedy miró a Jezabel.

La muchacha estaba espantosamente pálida.

Pero, cuando se puso en pie, sus rodillas se mantuvieron firmes. Lo único que hizo fue volver la cabeza para no ver a todos aquellos muertos.

—Tendremos que hacer una gran fosa —dijo Carson—. Habrá trabajo hasta el mediodía.

—Mejor hacerla que esperar a que nos la hagan —sentenció Kennedy.

—Manos a la obra. Cuanto antes mejor.

Kennedy señaló la puerta de la casa donde aún seguía ardiendo la vela.

—Elegid un sitio vosotros —dijo—. Yo sacaré el ataúd de esa pobre muchacha. A ella la enterraremos aparte.

Entró en la casa.

El interior seguía estando iluminado por la siniestra luz del hachón. Kennedy se restañó las gotitas de sudor frío que perlaban sus sienes. Notó instintivamente un cambio, algo que hacía que la habitación no fuera la de antes, pero no supo explicarse en qué consistía.

Bueno, ¿por qué preocuparse?

Tampoco le importaba demasiado.

Fue a alzar el ataúd con la fuerza de sus poderosos brazos y entonces, cuando ya estaba inclinado sobre la tapa, se dio cuenta del cambio. Antes el ataúd estaba abierto. Ahora… ¡ahora estaba cerrado!

Kennedy lanzó una maldición.

La tapa se había abierto de pronto.

El cuchillo voló hacia la garganta de Kennedy. Y detrás del cuchillo estaba… ¡la mano de Joe Halcón!

CAPÍTULO XIII

¡Aquel maldito debía haber saltado por la ventana, metiéndose dentro del ataúd tras sacar a la muerta!

Kennedy comprendió eso demasiado tarde, cuando ya nada podía hacer. Su sorpresa fue absoluta. El golpe de la tapa en el mentón le hizo vacilar, pues le produjo el mismo efecto que un gancho propinado por un puño de hierro. Vaciló hacia el fondo de la pieza mientras el cuchillo volaba de su garganta.

Kennedy pudo colocarse la derecha delante del cuello.

Su mano casi fue abierta de arriba abajo por la hoja de acero. Si no llega a moverse tan rápidamente, la herida en la garganta le habría dejado seco. La sangre saltó al aire mientras Kennedy caía de costado.

Joe Halcón volvió a atacar.

Se movía con un rabioso silencio.

Fue a hundir ahora el cuchillo en el corazón de Kennedy, pues el joven estaba prácticamente debajo de él. Pero un puntapié a la ingle le hizo salir despedido hacia atrás. Cayó sobre el ataúd y lo derribó, haciéndolo pedazos.

Los de fuera podían haber oído el estrépito, pero todos se habían alejado de allí, buscando un buen lugar para las sepulturas. Joe Halcón y Kennedy estaban solos. Y el joven fue a empuñar el revólver, pero su mano herida era incapaz de sujetarlo.

Su enemigo aprovechó aquella vacilación.

Atacó de nuevo.

Ahora se lanzó a fondo contra la garganta de Kennedy, y el joven no pudo mover la pierna a tiempo. Tuvo que ladear frenéticamente la cabeza, mientras el brillo del acero llegaba a sus ojos como un resplandor de muerte.

¡Chask!

El puñal acababa de hundirse en una de las paredes de madera.

Joe Halcón lanzó un grito de rabia. Fue a alzar las manos para atacar con sus puños, y en ese momento Kennedy le golpeó detrás de las rodillas. El hombre cayó, tras intentar inútilmente sujetarse a la pared.

Kennedy le sujetó la garganta con las dos manos.

La pelea fue salvaje y a la vez miserable. Antes de sujetar a Joe Halcón, Kennedy le había pasado por los ojos el dorso de su mano herida, por dónde escapaba la sangre. Eso dejó a su enemigo ciego durante unos instantes. Cuando pudo reaccionar, ya le estaban estrangulando.

Se oyó un brutal rechinar de dientes.

Y una ronca maldición.

Kennedy no vaciló.

Le repugnaba matar a un hombre así, pero con Joe Halcón no tenía otro remedio. La feroz resistencia del bandido fue haciéndose más débil cada vez, más espaciada, más cansina. Llegó un momento en que su cabeza cayó a un lado angustiosamente. Kennedy dio los dos últimos apretones, cerrando los dedos con todas sus fuerzas.

Luego se puso en pie.

Estaba terriblemente cansado.

Era la primera vez que estrangulaba a un hombre, y le parecía como si hubiese matado a una docena de ellos. Aquella muerte le producía una angustia especial. Todo le parecía distinto.

Salió donde estaban los otros.

Carson, a cierta distancia, ya marcaba con una pala los límites de la fosa.

Miró a Kennedy.

—¿Qué pasa? ¿No traes la muerta?

—Traigo algo más —masculló Kennedy—. Ahora hay que dar propina hasta en eso.

CAPÍTULO XIV

Al llegar a Sullivan, día y medio después, se encontraron con la sorpresa de que Kimball no estaba allí. El muy honorable, millonario y cascarrabias de Kimball había hecho un viaje de negocios a la ciudad de Bisbee. Menos mal que Bisbee no estaba demasiado lejos de allí. Atravesando las montañas se llegaba en un día entero a uña de caballo.

Robinson, el dueño del Banco, estaba desolado.

—¡Ha sido un desastre, Kennedy! ¡Irse usted y venirme a mí la negra! ¡Dolly, la secretaria, se me largó!

—¡Ejem!

—¡Y no fue eso solo! ¡Me limpiaron el banco!

—Oímos comentario fuera de aquí. Pero es algo increíble. ¿Cómo diablos pudo suceder?

—Una explosión. Una explosión que se llevó una pared entera. Lo he pensado cien veces y cuanto más lo pienso menos lo entiendo.

—Sí que es extraño, señor Robinson. Extraño de verdad.

—Pues usted parece muy contento, Kennedy.

—¿Por qué dice eso?

—Porque se frota las manos. Ni que se alegrara del desastre.

Kennedy dejó de frotárselas inmediatamente.

—Si no fuese porque estaba fuera, pensaría que es usted el ladrón —dijo acusadoramente Robinson.

—¿Yo? ¡Qué tontería! ¿Y qué, amigo? ¡Ejem! ¿Está usted arruinado?

—Por fortuna el seguro pagará. Pero mientras hacen las investigaciones, he tenido que reintegrar el dinero a la compañía ferroviaria. Menos mal que el señor Kimball me ha hecho un préstamo. ¡Ése sí que es un caballero de verdad!

—Yo quería verle. Le traigo a su sobrina.

Robinson clavó en ella una mirada de lince.

—¡Qué tía! —dijo.

—Querrá usted decir: «¡Qué sobrina!».

Robinson tragó saliva.

—Bueno, pues las dos cosas: «¡Qué sobrina más tía!». ¿No puedo guardarla mientras el señor Kimball vuelve?

—Narices, amigo. El señor Kimball la quiere enterita.

—¡Oiga! ¿Usted qué se ha creído?

—Diga dónde podemos encontrar al señor Kimball. Eso es lo más urgente ahora.

—Está en Bisbee por unos días. Ha tenido que hacer un viaje de negocios allí.

—¡Qué mala suerte! Bueno, iremos a buscarle.

—¿Y por qué no se quedan aquí?

—Creo que es mejor decirle que todo ha ido bien —susurró Kennedy—. El hombre estará impaciente.

—Pues entonces háganme un favor —musitó Robinson.

—¿Qué favor?

—Ha llegado este paquete en la última diligencia. Es para el señor Kimball, pero al encontrar la casa cerrada me lo dieron a mí. Resultó que hasta el ama de llaves estaba de vacaciones. ¿Querrán entregárselo? A lo mejor es una cosa importante.

—Claro que sí, señor Robinson.

El banquero les tendió un paquete cuadrado, muy bien envuelto, que sin duda contenía un cuadro o un diploma. Iba lacrado y los lacres estaban intactos.

—Entrégueselo. Es lo único que hay que hacer.

—Por supuesto, señor Robinson. Pero dígame, en confianza, ¿está usted arruinado?

—¡Noooooo…!

Kennedy susurró entre dientes: «¡Qué pena!».

Y se largó a Bisbee. Llevaba casi treinta mil dólares en las bolsas, pero si encontraban a Kimball de buenas quizá lograran sacarle otra suculenta tajada. Al menos lo intentarían.

Cuando llegaron a la ciudad de Bisbee, un día más tarde, se dirigieron al único hotel decente que había en la ciudad. Era el único sitio un poco digno para que se alojara un caballero tan importante como el señor Kimball.

Kennedy se quitó el sombrero y preguntó por él.

—Oiga, ¿se aloja aquí el señor Kimball?

El hotelero no le miraba.

—Eh, oiga, amigo… ¿Se aloja aquí el señor Kimball?

Nada, que no le miraba.

—¡Amigo…!

Kennedy se dio entonces cuenta de la dirección que seguía la mirada de aquel tipo. El hotelero tenía los ojos clavados en la figura de Jezabel. ¡Y qué ojos! Un poco más y se le salen de las órbitas. Kennedy tuvo que susurrar:

—Jezabel, más vale que te largues.

Jezabel se marchó.

Y entonces el hotelero pareció despertar de un beatífico sueño.

—Ah… —dijo mirando a Kennedy—, ¿pero había alguien aquí? ¿Qué desea usted, caballero?

—Me gustarla saber si el señor Kimball se hospeda en este hotel.

—Oh, no, de ninguna manera.

—¿Pues dónde se hospeda? Éste es el único sitio decente de la ciudad.

—El señor Kimball no necesita hotel. Tiene aquí casa propia.

—¿Qué tiene aquí casa propia? ¡Pero si él vive en Sullivan…!

—Puede que viva en Sullivan, no se lo discuto. Pero también tiene casa aquí. ¿Es eso un delito?

—No, claro que no. Por favor, ¿dónde está, su casa?

—Es la más bonita de la plaza central que encontrarán ustedes a unas doscientas yardas. El señor Kimball es una verdadera potencia económica en esta ciudad y vive con el lujo que quiere. Pero tal vez ahora no le encuentren en su casa.

—¿Pues entonces dónde?

—Me ha parecido verle cruzar la calle. Iba hacia el Banco Rural, que está aquí cerca. Doblen la esquina y lo verán.

—De acuerdo, muchas gracias. Tenemos prisa por encontrarle, de modo que iremos ahí.

—Oiga…

—¿Qué pasa, amigo?

—Esa señorita que ha entrado antes, ¿es para el señor Kimball?

—No piense usted mal, amigo. Se trata de su sobrina.

—Pues qué suerte tiene el tripudo ese… Yo también tengo una sobrina, pero ¡mírela!

La mujer de unos cien kilos de peso que había estado manejando la escoba a poca distancia, la alzó en tanto mascullaba:

—¿Qué te pasa a ti, gusano?

El hotelero se metió debajo de la tarima.

Kennedy prefirió salir.

Llevaba bajo el brazo el gran cuadro o lo que fuese que le habían entregado para Kimball. Ya empezaba a molestarle, de modo que ardía en deseos de ponerlo en manos de su dueño.

—Me han dicho que está en el Banco Rural, muchachos. Vamos allá.

Doblaron la esquina y se dirigieron al Banco Rural, cuyo cartel se distinguía desde cierta distancia. Era un edificio sólido, de ladrillo y piedra, con ventanas enrejadas. Daba una gran sensación de seguridad. Sobre todo cuando, al subir al porche, vieron que dos rifles les apuntaban a las cabezas.

Kennedy balbució:

—¿Pero qué pasa? ¿No es esto un banco?

—Sí.

—¿Y no son éstas las horas de oficina?

—Sí.

—¿Pues qué pasa?

—Que aquí no hay quien entre, amigos.

—¿Por qué?

—Acaban de llegar los fondos para la compañía minera. Mientras se hace el arqueo y el balance, nadie puede pasar.

Kennedy estaba asombrado.

—De acuerdo, ya sé que estas cosas ocurren en los bancos. Pero yo soy persona de confianza. Soy un empleado de la Banca Robinson, en la ciudad de Sullivan.

—Como si quiere ser empleado del obispo mormón que hay en Salt Lake City. No se puede pasar.

—Es que buscamos al señor Kimball. Ésta es su sobrina.

Los dos sujetos de los rifles miraron a Jezabel. Y casi inmediatamente sus ojos se pusieron en blanco.

—Ah, esto es distinto —dijo uno.

—El señor Kimball es uno de los hombres más ricos de la ciudad —murmuró el otro.

—Cualquier persona que venga en su nombre, ya merece

confianza.

—Y sobre todo si la persona es esta tía, digo esta sobrina.

—Esperen, que preguntaré si el señor Kimball puede recibirles. Hace un momento que ha llegado y está hablando con el dueño.

Uno de los centinelas desapareció.

Sus ojos sólo se iluminaron al ver a Jezabel, pero ahora en compañía de Kimball. Kimball iba tan bien vestido y tan solemne como siempre, y para que no le faltase nada, hasta se había puesto un sombrero de copa y un monóculo. El sombrero no se lo había quitado ni siquiera al entrar en el banco. ¡Pues no faltaría más! ¡Era el banquero el que tenía que descubrirse ante él!

Los miró con sorpresa.

Sus ojos sólo se iluminaron al ver a Jezabel, pero en su expresión no hubo deseo, sino admiración y hasta cariño. Por primera vez aquel viejo buitre parecía humanizarse. Por primera vez dejaba de ser un multimillonario para convertirse en un hombre, capaz de sentir pequeñas alegrías y pequeñas sorpresas.

—Jezabel… —susurró.

—Hola, tío.

—¿Pero cómo habéis venido aquí? ¿No habíamos quedado en encontrarnos en Sullivan?

—Las cosas se complicaron, señor Kimball —explicó Kennedy—. Hubimos de pagar el rescate… ¡ejem…!, pero también fue necesario salvar a su sobrina a punta de revólver. Aquellos apaches eran unos granujas indignos de la historia de su pueblo. Ha habido mucho jaleo, y como suponíamos que usted se habría enterado de todo y estaría intranquilo, hemos decidido venir a Bisbee para que supiera cuanto antes de que todo había marchado bien. Además tengo que entregarle esto.

Mostró el paquete cuidadosamente envuelto.

Kimball arqueó una ceja y el monóculo estuvo a punto de caer.

—¿Qué es esto?

—No sabemos. Un paquete que llegó a su casa de Sullivan. Parece un cuadro o un diploma.

—Hum… Ya lo abriré más tarde. Estoy muy contento de veros, muchachos. Muy contento, de verdad. Pero esperadme en el hotel. Ahora tengo cosas muy importantes que hacer.

—De acuerdo, señor Kimball, le esperaremos allí. Mientras tanto

nos atizaremos una buena comida y pediremos que la carguen en su cuenta.

Iban a alejarse cuando apareció en el hueco de la puerta la cara de un hombre. Era calvo, mofletudo y tenía una mirada astuta. Sus ojos se iluminaron con una súbita llamarada de deseo apenas los puso en las curvas de Jezabel.

Farfulló:

—¿Pero por qué van a ir al hotel, señor Kimball? Si usted los conoce han de ser por fuerza personas de absoluta confianza. Sería una descortesía no dejarles entrar. Que pasen, que pasen… Sobre todo, ¡ejem!, la chica.

Kimball se encogió de hombros, mientras a sus labios asomaba la sombra de una sonrisa.

—Está bien —dijo—. Que pasen. Pero no os metáis en nada, ¿eh, amigos? Aguardad en la antesala. La conversación de negocios que tenemos el señor Muller y yo promete ser muy interesante.

Todos pasaron a la sala principal de contrataciones del banco, donde unos cuantos empleados contaban billetes incesantemente. La situación era muy parecida a la de la Banca Robinson, una situación que Kennedy conocía muy bien. Por eso dirigió una mirada conmiserativa a los empleados como si pensara: «¡Lo que aún os queda, muchachos!».

Les hicieron pasar a una salita muy pulcra, mientras Kimball y el banquero se dirigían al despacho. Los recién llegados se sentaron para descansar, pero como la puerta estaba entreabierta oían perfectamente lo que se hablaba más adentro.

El banquero Muller parecía muy animado.

Se escuchó el abrirse y cerrarse de una caja.

—¿Un cigarro, señor Kimball? Le aseguro que son excelentes. Me los traen especialmente para mí.

—Gracias, pero fumo muy poco.

—Usted no tiene vicios, señor Kimball. Por eso ahorra tanto dinero.

—A mí no me interesa ahorrar. Ahorrando se consigue muy poco. Lo que me interesa es hacer grandes negocios.

—Conmigo los hará, señor Kimball.

—¿Qué tal marcha la compañía minera?

—Viento en popa, señor Kimball. Los jornales que he de pagar

aumentan cada mes. En este momento tengo en el banco casi un millón. Se lo digo en confianza, porque apenas nadie lo sabe.

—Un millón… ¡Caramba, caramba! Ejem, ejem…

—Me han hablado de grandes yacimientos. Si usted quiere invertir en la compañía minera es seguro que saldrá ganando.

—No sé, no sé… Este maletín que usted ve está lleno de dinero.

—¿De veras, señor Kimball? ¡Déjeme tocarlo!

—Oiga, ¿pero es que usted disfruta sobando los billetes?

—Los billetes son mi obsesión, señor Kimball. La semana pasada despedí a dos empleados para quedarme con su jornal y poder tocarlo todas las mañanas en cuanto me levanto.

—Cuerno, pues hágase cajero. Así podrá tocar todos los billetes que pasen por su banco.

—Uno de los despedidos fue precisamente el cajero, señor Kimball.

—Bueno, de todos modos no le dejo que sobe mi maletín.

—¿Va usted a invertir ese dinero en minas?

—Puede que lo haga, pero antes necesitaba consultar el asunto con usted, Muller.

—Se lo aconsejo sin reserva. Yo puedo hacer de intermediario, ¿sabe? Nos forraremos todos.

—Especialmente usted, Muller.

—Je, je… Uno hace lo que puede…

—Debo pensarlo. Oiga, ¿no tiene usted miedo con tanto dinero en su banco?

—Lo he protegido bien. Ya ha visto que aquí sólo entra quien yo quiero.

—Pero en Sullivan limpiaron la Banca Robinson…

—A aquel idiota le lanzaron dinamita contra las paredes, y como las paredes eran flojas se abrió una brecha. ¿Pero qué me dice de mi banco? ¿Eh, qué me dice? Ladrillo y piedra. ¡Aquí no hay quien entre…!

—Eso es verdad, señor Muller. Le felicito.

—Además seguí su consejo.

—¿Mi consejo? —preguntó la sorprendida voz de Kimball.

—Sí. He asegurado contra robos todo el caudal de mi Banco. La cosa me resulta muy cara, pero al menos puedo vivir tranquilo. Si alguien me robase (cosa que es absolutamente imposible) yo

recuperaría la pasta.

—Celebro oírle decir eso, Muller. Así puede que me decida a depositar en su banco todo lo que llevo en el maletín.

—¡Hágalo enseguida, señor Kimball! ¡No se arrepentirá! ¡Mi banco es mucho más impórtame que el del amigo Robinson! ¡Robinson, al fin y al cabo, no es más que un muerto de hambre!

—Lo pensaré… ¡ejem…! Lo pensaré.

—Yo, en su lugar, me decidida enseguida, señor Kimball.

—Claro, claro… Pero discúlpeme ahora una pregunta: ¿dónde está el excusado?

—¿Cómo dice, señor Kimball?

—¡El excusado, cuerno! ¿Dónde está?

—¿Quiere tirar su dinero por él?

—¡Demonios! ¿Es que no me entiende? ¿Acaso un millonario no puede hacer pis de tarde en tarde?

—Claro que sí… Discúlpeme, señor Kimball, por no haberle entendido. El excusado que yo uso y que usan los clientes de importancia está saliendo a la derecha, tras la puerta del fondo.

—Muy bien… ¡Hum! Y ahora perdóneme unos minutos.

Se oyó a Kimball salir y luego abrirse y cerrarse una puerta.

Poco después los sonidos se oyeron a la inversa.

—Ya estoy aquí, señor Muller.

—¿Qué? ¿Cerramos el negocio? ¿Usted me deja su dinero y yo se lo invierto en la compañía minera?

—Lo pensaré —dijo Kimball—. Mientras tanto cuide su millón. Hay mucho sinvergüenza por ahí suelto.

—Je, je… Los sinvergüenzas no pueden nada conmigo, señor Kimball. ¡Yo me las sé todas!

El millonario se acercó a la puerta. El banquero le acompañó servilmente.

—Y ya lo sabe… Lo piensa y mañana viene a verme. ¡Seguro que haremos grandes negocios…!

Kimball pasó por delante de la salita. Hizo una seña a su sobrina y a los otros tres.

—Vámonos. Residiréis en mi casa.

Cuando llegaron a ella. Kennedy se asombró ante el lujo con que estaba instalado todo aquello. No era extraño que a Kimball le reverenciasen todos los banqueros de Nuevo México. Se notaba que

el muy buitre estaba forrado de oro. Allí no faltaba detalle.

Kimball murmuró:

—Podéis quedaros aquí hasta media tarde. Luego será conveniente que volváis a Sullivan.

—Pero eso significará que habremos de hacer el camino de noche… —protestó Carson—. Eso es peligroso para Jezabel.

—Jezabel puede quedarse aquí.

—De acuerdo, ¿pero por qué no nos quedamos todos hasta mañana? Estamos algo cansados, señor Kimball. Usted no puede hacerse idea de lo que han sido estos últimos días.

El millonario hizo un gesto evasivo.

—Me interesa estar solo porque tengo muchas cosas en que pensar. Pero no os preocupéis, porque pienso recompensaros por las molestias. ¿Este joven quién es?

Señalaba a Carson.

—Un buen amigo. Sin él me habría sido casi imposible llegar hasta aquí —susurró Kennedy.

—En ese caso debo pagarle algo también. ¿Hacen cinco mil machacantes, amigo?

—¿Cinco mil dólares? Nunca me habían ofrecido tanto por poco trabajo, señor Kimball.

—Mi sobrina lo vale todo para mí. No soporto la idea de que pude haberla perdido.

—Lo comprendo, señor Kimball.

—Ella se quedará conmigo mientras ustedes vuelven a Sullivan; allí nos reuniremos todos otra vez.

—No quiero estar demasiado tiempo separada de Kennedy —murmuró Jezabel inesperadamente.

A Kimball se le volvió a caer el monóculo al arquear una ceja.

—¿Eh? ¿Qué dices, pequeña?

—Pues que… estoy enamorada de él.

Kennedy sintió que le temblaban los labios.

La verdad era que se había hecho ilusiones —muchas ilusiones secretas—, pero no había esperado aquella confesión. Bruscamente le pareció que todo cambiaba, que la vida era distinta. Con Jezabel a su lado, el panorama de su existencia variaba por completo.

Kimball lanzó un gruñido.

—Oye, Jezabel, si no recuerdo mal, este caballero llamado

Kennedy es empleado de un banco.

—Sí.

—No debe ganar demasiado dinero.

—Pues… pues no creo que lo gane.

—Entonces no debes olvidar una cosa: que yo no tengo hijos. Y por lo tanto tú, mi única sobrina, eres mi heredera.

—No había pensado en eso —murmuró Jezabel—, pero no creo que la cosa tenga tanta importancia.

—¿Cómo que no? ¿Tú sabes el chorro de oro que va a caer en tus manos cuando yo la diñe?

—¿Y qué?

—¿Y encima lo preguntas? ¡Pues que tienes que casarte con alguien al menos tan rico como tú!

—Nunca aceptaré imposiciones de esa clase —dijo enérgicamente Jezabel—. Y me casaré con el único hombre que me ha interesado de verdad en mi vida.

—No sería justo que por mi renunciaras a nada —murmuró Kennedy—. Yo estoy dispuesto a…

—¡Si estás dispuesto a sacrificarte y a quedarte sin mí, es que no me quieres!

Jezabel se estaba poniendo nerviosa. Kimball impuso calma con un enérgico movimiento de sus brazos.

—No discutamos eso ahora —declaró—. El futuro de Jezabel será convenientemente estudiado. Pero usted, Kennedy, debe saber una cosa. Óigame bien, joven.

—Le escucho, señor Kimball.

—Con mi sobrina no puede casarse cualquiera. Yo soy un gran multimillonario.

—Cierto.

—Y una persona muy honrada.

—Nadie lo discute, señor Kimball.

—Cuando yo muera, mis conciudadanos me erigirán un monumento.

—Supongo que se lo merece, señor Kimball.

—Soy un gran tipo.

—Claro, claro…

—Un dechado de honradez.

—Por supuesto…

—Siempre se ha podido confiar en mí. Todos mis dólares, que son muchos, han sido ganados honestamente.

—No lo pongo en duda.

—Y sepan que…

En aquel momento sus palabras quedaron interrumpidas porque se oyó un terrible estrépito, un estrépito que hizo vacilar los cimientos de la ciudad entera.

Kimball se llevó las manos a la cabeza mientras gritaba:

—¡Maldita sea! ¡La dinamita…!

CAPÍTULO XV

Todos le miraron asombrados.

Con las caras tan pálidas que parecían amarillas.

Los ecos de la explosión aún se extendían por la ciudad entera. La población de Bisbee salía a la calle. El *sheriff* había apretado a correr hacia el banco. Los caballos empezaron a relinchar y en los establos que rodeaban la ciudad se produjeron pequeñas estampidas.

Kimball repitió:

—¡La dinamita!

—¿Pero qué infiernos pasa?

—¡Ahora ya no se puede fiar uno de nadie! ¡Ya no queda gente honrada, gente que trabaje como Dios manda! ¡Las mechas eran de mala calidad y eso ha significado mi ruina! ¡La explosión se ha producido antes de tiempo! ¡Tenía que haber ocurrido a medianoche!

Los dientes de Kennedy castañetearon.

Bruscamente se dio cuenta de todo.

Y no menos bruscamente su boca se abrió para lanzar una carcajada.

—¡Vaya! —dijo—. Le felicito de veras por su honradez, señor Kimball.

—¿Qué quieres decir, muchacho?

—Todos sus dólares han sido ganados honestamente.

—¡Mis sudores me han costado!

—Y sus cargas de dinamita también. La dinamita hay que pagarla.

—Y las mechas, y todo lo que cuelga. Hay que vivir como un millonario para que la gente se confíe. Hay que tener grandes instalaciones. Vosotros no os hacéis ni idea. Para ganar un dólar hay que arriesgar al menos diez centavos. Y a veces por culpa de

una mecha… ¡Todo se va al cuerno!

Carson, Jezabel y Sam no se atrevían ni a hablar.

Pero Kennedy seguía riendo.

Seguía riendo como si aquello fuera lo más divertido con que se había encontrado en su vida.

—Kimball, repito que es usted un tío grande.

—Hum… No lo sabéis bien.

—¿Me permite que abra este paquete? Debe ser un diploma. Y, ¿sabe qué?, tengo un presentimiento.

—Ábrelo, muchacho. A lo mejor me nombran ciudadano de honor de la capital del territorio.

Kennedy rompió los lacres, cortó las cuerdas, retiró el grueso papel y enseñó a todos lo que había debajo.

En efecto, era un diploma.

Un diploma que decía nada menos:

CERTIFICAMOS

> «Que el recluso John Kimball ha sido el de mejor conducta y el de más agradable trato durante los cinco años en que estuvo encerrado por estafa en el penal de Yuma.
>
> »Este diploma debe servir como recomendación especial si el señor John Kimball vuelve a visitarnos».
>
> Firmado: El Director

Kimball arqueó las dos cejas.

De pronto parecía haberse desinflado.

Ya no se acordaba ni del monóculo.

Miró el diploma, lo puso bien ante sus ojos, lo acarició y al fin exhaló un suspiro.

—Bueno, amigos —dijo—, mi sobrina hubiera terminado sabiéndolo un día u otro. Mejor es que se haya enterado ahora.

Kennedy le palmeó la espalda.

—No se ponga triste, Kimball, pero vamos a hablar claro. Usted era el que colocaba muy bien la dinamita con el pretexto de ir al excusado, ¿no?

—Tú lo has dicho, muchacho.

—La llevaba en el maletín, ¿verdad?

—No me lo recuerdes, amigo. A veces no podía ni moverlo.

—Pero para eso tenía que ganarse antes la absoluta confianza de los banqueros…

—Ya te he dicho que mi negocio no es barato, Kennedy. Yo siempre he trabajado a lo grande.

—¿Y quería hacer trabajar también a su sobrina?

—Por eso la hice venir. Con mi sobrina delante, un banquero no sabe ni dónde tiene la caja.

—Es usted un pillastre, Kimball.

—Pero Jezabel hubiera terminado siendo millonaria. Ella y yo juntos, invencibles. La hubiese puesto en lo más alto.

Kennedy suspiró.

—Me temo que las cosas le han salido mal esta vez, amigo. Tendrá que huir. Ese cerdo de Muller puede relacionar la explosión con su última visita al excusado.

—¿Huir? ¡Ni hablar! ¡Un Kimball nunca huye! ¡Mi prestigio se hundiría! ¡Yo seré un ladrón, pero también soy un señor!

—Ah, bueno.

—Además, una vez producida la explosión, nadie es capaz de decir si la carga estaba dentro o fuera.

—Eso es más que posible.

—Por otra parte, lo tengo todo calculado para no causar víctimas. Lo más que han producido las explosiones anteriores, han sido desmayos y algún que otro dolor de barriga.

—Ya nos lo explicaron en Brisbane —murmuró Kennedy.

—Y he tenido en cuenta hasta el último detalle: robo a los banqueros cuyos capitales estaban asegurados.

—Definitivamente es usted todo un señor, Kimball.

—Claro que, como el seguro lo proporciono yo y es muy caro, me llevo cada comisión de espanto.

—Usted es un señor, pero también es un pillastre, qué cuerno.

—Hijo, en la vida hay que hacer de todo.

—¿Y qué es eso de que prestó dinero a Robinson hasta que éste cobrara el seguro?

—Claro que se lo presté. Así mi fama de millonario crece. Pero con un interés de miedo. Se lo presté al nueve por ciento.

—Cada vez es usted más pillastre, Kimball.

—Y lo que vosotros no sabéis.

—¿De modo que ahora tiene todo el dinero de la Banca Robinson?

—Ujú. El que la compañía ferroviaria iba a pagar a sus empleados.

—La lástima es que no tenga también el del Banco de Muller, ¿verdad? El golpe estaba bien preparado.

—Todo lo han hundido esas condenadas mechas. ¡En cuanto atrape al tipo que me las vendió…!

—¿Y qué va a hacer ahora, Kimball?

—Ir a ver qué ha ocurrido. La gente se extrañaría si yo no hiciese acto de presencia. Iré, soltaré unos cuantos tacos contra esos sinvergüenzas de dinamiteros y en paz.

—Le acompaño, Kimball.

—Creemos que se pueden hacer grandes negocios con usted.

Kimball guiñó un ojo.

—Eso mismo pienso yo. Y no olvidéis que tengo todo el dinero robado en Sullivan… Ahora es mi único capital, pero…

Lanzó una risita y salieron.

Apenas habían atravesado la puerta cuando un muchachuelo vino hacia ellos. Todo el mundo corría en la misma dirección, pero el chico venía muy tranquilo. Llevaba un fajo de periódicos bajo el brazo.

—Hola, señor Kimball. Hay jaleo, ¿eh?

—Sí, muchacho. Esto está lleno de sinvergüenzas. Las gentes honradas pronto no podremos vivir.

—Le traigo el ejemplar del Journal, como usted me pidió que hiciera todos los días. Acaba de llegar.

—Muy bien, chico. Trae.

Kimball tomó un ejemplar y dio al chico una moneda.

—Muchas gracias, señor Kimball. Se nota que es usted millonario. Y todo un tío.

—Tú tienes vista, chico. Y llegarás lejos.

Kimball fue a doblar el periódico y guardarlo, sin leerlo de momento, pero le llamaron la atención los titulares de primera página. Eran mucho más grandes de lo acostumbrado. Tenía que ser un notición.

De modo que los leyó.

Y quedó blanco.

Amarillo.

Verde.

Los enormes titulares decían:

GRAN ESTAFA EN LA COMPAÑÍA FERROVIARIA

Se ha comprobado que ésta pagaba a sus empleados con billetes falsos.

Los directores han sido detenidos y se ha pedido la declaración de quiebra.

Kimball farfulló:

—¡Sujetadme, muchachos! ¡Me caigo!

Kennedy, en efecto, tuvo que sujetarle, porque el muy buitre se le iba.

—De modo —susurró— que el dinero que usted se llevó de la Banca Robinson era falso…

—¡Sí! ¡Infames de la mandanga! ¡Hijos de zorra! ¡Me han engañado! ¡Lo que yo digo siempre! ¡Las personas honradas pronto no podremos vivir!

—No se preocupe, Kimball. A lo mejor, con el préstamo a Robinson lo arregla todo.

Los ojillos de Kimball se animaron de nuevo. Despidieron chispitas.

—Tú lo has dicho, amigo. A lo mejor se arregla todo. Y si no se arregla, ¿qué? Cuando uno tiene un oficio ha de trabajar en él, ¿no? Pues sigamos adelante. Ahora voy a ver a ese cerdo de Muller y le enjareto un seguro contra los ataques con dinamita. Por lo menos ganaré mil pavos de comisión. Seguro que la cosa me da resultado. Y para más adelante tengo planes, grandes planes… En Tucson hay un banquero que…

Y siguieron hablando animadamente, mientras la gente corría hacia el Banco de Muller como si aquel día regalaran los dólares a través de las ventanillas.

FIN

NOTAS

[1] Como el lector sabe, el *Pony Express* era un servicio de correos —el más rápido de su época— formado por hombres a caballo que transportaban en solitario correspondencia y dinero, a unas velocidades que aún ahora causan asombro. Ninguna misión ni ruta era difícil para ellos. Ni que decir tiene que resultaban presa codiciada por los indios y los forajidos que lo acosaban constantemente. Por eso sus filas se nutrían de pistoleros, de hombres desesperados y de algunos aventureros nobles que querían «vivir intensamente», aunque, por lo general, lo que lograban era morir con rapidez. Las hazañas de esos hombres, aunque noveladas muchas veces, no han tenido aún el realce que merecen, pues forman unos de los capítulos más excitantes y sugestivos de toda la historia del Oeste. (N. del A.). < <